

CUANDO TODO ACABE TODO ACABARÁ

ANA ARZOUMANIAN

*No basta la primera vez,
porque no la recuerdas.*

*Nosotros buscamos, en esta repetición,
un evento inaugural.*

*Y jamás dejamos de buscar
porque cada vez olvidamos.*

Pier Paolo Pasolini

CON DOLOR COMERÁS DE ELLA

Yo no sabía que los hombres se ponen así, que no pueden parar, que empiezan y no paran con nada, con nada paran.

Me toma por la cintura como una toalla que se retuerce. De la toalla no se escurre ni una gota de agua. Una cuidadora de monasterio de la Edad Media. Sólo que yo niña. Yo en mi casa. Junto toda el agua en la cabeza y me hago una laguna.

Me olvidé.

Separo el brazo derecho del cuerpo, lo llevo como un hombre asfixiado. Entonces no me acuerdo que los hombres se ponen así. No camino con mis piernas. Camino con los brazos del ahogado que flota.

Tengo miles de grillos en los pies. Los machos, en las primeras horas de la noche, especialmente en verano, de tanto rozar y rozar sus alas, repiten un sonido agudo. Un sonido agudo y monótono que se llama canto.

Dibujo un romboide entre cada uno de los omóplatos y mi columna. Cuando me muevo, el dibujo cambia. Las paletas se acercan o se alejan del eje como un repliegue de alas. El grillo, de color pardo o marrón y nunca verde, vive en agujeros que él mismo excava.

Me olvidé que mi mamá nos veía, nos miraba. No me veía, no me miraba. Que mi mamá se había soltado las manos como cuando se saca las pulseras. Que fue un minuto. Que fue silencio. Y no supe quién murió. O me olvidé.

Borro de a poco cada parte. Desprendo el cuero cabelludo del hueso. Froto con un pañuelo el filo de los dientes; las encías secas se adhieren a los labios. El labio se acorta y me quedan los dientes largos como piedras. Borro el ángulo repetido de atornillar la cabeza al cuello.

Cuando me levantó de los brazos, la piel de las axilas era blanca. Él hachando capas de grasa, y yo dando puñetazos sofocados en ciudades obreras. El tronco erguido; sentada o de pie o de rodillas. Algo presiona sobre la vena. Fumigaciones de vapores de plantas, dilatando. Sentada o de pie o de rodillas. Cuando él me levanta del brazo, de las crines. Borro y me olvido de una elevación que coincide con una cresta que se estrangula. Un surco. Una escotadura.

Nada lo sostiene. Tieso como un palo, un poste funerario. Borro el gancho donde bisontes, pájaros, roedores, cuelgan a sus niños.

Algo en mí toma cuerpo. El pecho hundido, los brazos golpeando las caderas. Pase lo que pase, habrá que saltar. Salir del ritmo rapado de manos pegajosas. Y saltar.

Esa fracción de segundo en que estoy suspendida en el aire. Me alzo sobre puntas de pie: vuelo. Siento un suspiro de boca cerrada de enfermo, o de alguien dormido. Y ya no tengo miedo de que mi mamá se saque las manos como pulseras y no me vea volar en medio de la habitación, entre sus libros.

Y mientras volaba le preguntaba, ¿estás ahí? Porque algo en mí, tomaba cuerpo.

La piel. Esa banda densa. Cuatro kilos, dos metros cuadrados. La contracción de diminutos músculos cutáneos. Miedo. El límite anatómico que no pregunta, qué tenés abajo.

Me levanta por encima de la cabeza como si se tirara de los pelos. Entre los brazos tiene un escalpelo de hoja cambiante, y descama.

Un frío de nieve carbónica congela, me tapa la boca y no puede decir, volvé no puedo vivir sin vos.

Yo no sabía que los hombres se ponen así, que empiezan y no paran con nada. Le dejo el saco de piel y me ausento. Entonces, ya no importa qué tiene abajo. Porque abajo es él de alquitrán, de anilinas; él de condensación, él de emulsión de aceite en agua para el hormigueo o el dolor.

¿La boca es un pedazo de piel? ¿Podré, en pleno vuelo, ahora que no me importa que no pare, que no pare con nada; llamarlo, decirle, no puedo vivir sin vos? El lanugo suave y amedulado que cubría todo el cuerpo se cae antes de nacer, y no vuelve.

¿Si el cielo es la piel del paraíso, el infierno con su líquen erosivo, el empaste de su mano succulenta, en garra, será lo que poco a poco ensordece? Hay recintos y un lazo atado a la silla por donde pasa el cuello; hay huesos almacenados desecando. Máculas apizarradas de límites nudosos en las nalgas, la cara posterior de las piernas. Durante la noche, aprovechando el efecto hipnótico de la oscuridad, se prescribe por boca. El fuego adelgaza la piel satinada en papel de cigarrillos. El tercio externo de las cejas desaparece. Digo palabras que no siento. Bagayeros, pasadores, hombreando como mulas. En los puestos hay olor a fritura. Con tanto fuego en cualquier parada habrá algo para comer.

¿Se come en el infierno?

Se prescribe por boca. Ordenada y dispuesta, la máquina se llena de mis pedacitos. Sólo si me envuelvo en paños y me hago una aplicación de violeta de genciana, salvaré el pellejo.

Pongo una silla al lado de otra y, en lugar de amarrar el lazo, pasar el cuello; me duermo. Vos te sacás el saco, me tapás. Me alzás acomodando mi cabeza sobre tu pecho blanco. Me llevás hasta la cama. Abro y cierro los ojos, medio dormida. ¿La piel del ojo es de agua? Me mirás y una lengua en la lengua roza mis ojos.

Había escuchado la historia de las naranjas, la corteza dura y esa mezcla de rojo y amarillo. La corteza granulosa y una sustancia blanca en su interior; blanco y suave, semejante a una médula. Me puse a cortar con un cuchillito afilado sólo una pequeña circunferencia superior. Atravesé con el cuchillo la masa granulosa de vejiguillas blancas, llegué hasta la pulpa.

Una abertura regular. Algo así como un poro. Un poco más grande. Un orificio como agujero hecho por un taladro. Mientras sentía la rugosidad de ombligo en las manos, mi lengua buscaba la piel que envolvía, muy tenaz, los gajos.

Mi boca imaginaba un beso de huerto de naranjos. Besaba las zonas del Levante y sur de España con sus árboles rutáceos. De a poco, y por acción que ejercía la presión de los labios, la cáscara se desprendía, dulce con unas manchas rojas. La piel, esa película fina que cubría la pulpa, se hacía saliva.

Yo no sabía que se ponen así. Que empiezan y no paran con nada. Que, agachá la cabeza. Que a estos negros no les gusta trabajar. Hay que agachar la cabeza y darle duro sin parar. No sabía que había sacado los inodoros para que no apoyaran el culo; estos negros. Que no saben agachar la cabeza. Y ellos de pie. Sin apoyar. Porque los animales se acoplan por atrás. Y yo soy el pez o la serpiente y miro su cara. Si le miro directamente la cara, tendrá que hablarme.

No agacho la cabeza. Pero él no habla. Entonces tendones o cartílagos de vaca o de tiburón lo que se desliza y no veo. Quiero sellar el océano para que no inunde la casa, pero no encuentro ni una tapa. Los animales se acoplan por atrás y yo soy el pez que nada en un océano sin tapa. Lo miré a la cara y no me habló.

Una cantidad. Un caudal de pesos de cuatro gramos. Fondos; la tapa del océano que no encuentro e inunda eso que creo que es el mundo y es mi casa, con cuartos; con un caudal. La nuca tiesa. Mover las manos sin hablar. Sin mirarle la cara. Un pez a batería que nada sobre la mesa de empaque del taller, entre el cuero y los cordones, mueve las aletas, y no para.

No eran mis pies.

Los pies soportaban las piernas, el peso del vientre inclinándose. No eran mis pies en zapatillas. Que si tenían pantalones (siempre usaban pantalones) no sé cómo hacían. Acaso se agachaban tanto como para sostener con una mano el pantalón, las medias.

Mear de pie, como varones. Porque las mujeres pierden tiempo en el baño.

Un pie a cada lado. Dos pies agarrados al azulejo blanco, o amarronado, o amarillento. Las manos sosteniéndose de las paredes porque había un agujero y paredes a los lados. Y las piernas meadas. No como los hombres; porque los hombres. Yo no sabía.

No perder el tiempo. Volver al puesto de trabajo, la máquina. Contar cuántos pares por minuto, por hora, por día. Cuántos pares por color, por número, por caja. Contar y bajar la palanca sin pisar el cable. Esperar minutos hasta que el material se caliente. Estar atentos. Que estos cabecita negra no duermen de noche y se la pasan chupando.

Ella salió del baño, y todavía el pantalón mojado, la entrepierna. Caminaba pensando si se veía algo salpicado. Y fue y contó y esperó y puso la mano mientras miraba los restos de suciedad en las uñas. Bajó la palanca con su automatismo visceral. Y yo no sabía que cuando empiezan no pueden parar, no paran con nada. Las poleas los rulemanes los cables y el dedo. El dedo entre las agujas. En el piso.

¿Cuánto cuesta el dedo pulgar? Un poco menos que el índice, menos que la mano. Menos, el de la izquierda que el de la derecha. Menos, una falange. Nada.

Desde atrás pintás el labio superior hundido hacia el medio. Delineás los caninos, los incisivos. Yo llevo un portaespejos en el oído. Escucho el recorrido de la tinta sobre el papel, veo. Veo dientes que derivan de reptiles, desgarran. Un diente para cortar y otro para triturar la carne.

Bajás de la cara al cuello, del cuello hasta el pezón. Apoyo el peso del cuerpo sobre el tercer dedo de cada pata. Una borradura. Mientras dibujás te cuento un sueño; el sueño de una varilla de metal. Ahora dibujás una garganta y un bebé que no llora porque no respira. Y la varilla operando el mecanismo del aire. Y lo angosto y frío de un metal aséptico hasta algún lugar. Violentar la convulsión del aire.

Sola. La bolsa abdominal, marsupio de embriones inmaduros o de tu sexo que, mientras dibujás, busca frotrarse. Boca arriba, el lápiz, el papel y vos frotándote. ¿Cómo se dibuja lo mojado? Escribís la M, unas rayitas, y la O. La varilla de metal ahora es una cuerda en el papel. Yo hablo y digo, J: de jugar, de Jaén. El lazo se desprende. Digo E: de esperma, de esperar. Y vos tirás.

No pares.

Papá volvía de sus viajes con una muñeca debajo del brazo. Para engrosar hierros, el acero curvo, ganchos. Para abrir los extremos en forma de horquilla. Él llegaba de Alemania, traía una muñequita rubia tirolesa; un plástico hueco con surcos que hacían de un disco rosado, una cara. Traía moldes, pasadores, hormas. Y una muñeca. Si la daba vuelta no decía mamá; lloraba.

Traía sacabocados y una muñeca que no tenía genitales. Ni un respiradero, ni un punto; las muñecas de Alemania trepan. Traía taladros y una máquina de trepanar.

Por eso te digo, no pares. El jaspeado en un continuo de acuarela traza una abertura cada vez. Entonces veo cosas acariciadas. Porque cuando no parás todo lo firmemente hombre en vos llega hasta los ojos y me acaricia el lado de atrás de adentro de cierto verde. Siento un sabor dilatado en el fondo. De atrás. De adentro. De los ojos. Y veo cosas acariciadas.

No pares.

Un cuarto oscuro y sofocante con una joven de Ucrania o de Moldavia. En la habitación contigua, detrás de una puerta medio abierta, la zurcidora compra y vende lo que le pertenece. Del Este de Europa, me dejó encubrir, trabajo por cualquier precio. El tráfico urgente de torsos a cualquier precio por si me devuelven.

Si mamá me devolviera. ¿Adónde? Que me venda. Antes de volver a Moldavia o a Ucrania. Ahí cabía todo. Y las cabecitas negras de las hormigas negras eran obreras. Una tira interminable se movía por ondas y se licuaba formando un líquen rojo y plano. El borde libre de sus uñas, su brillo barnizado. Mis ojos, que no eran ucranianos, veían bordes netos y angulosos de ubicación simétrica; dos escamas sobre lo que habían sido costras sobre lo que habían sido cortaduras. Con las uñas se sacaba fibras o hilos desde dentro de la piel. Un hormiguelo de cabecitas negras sobre las piernas más intolerable que el dolor.

Ahí cabía todo. Ella me hacía trabajar, se cobraba de mí el precio de apropiarme otro idioma.

Tu lengua, sin parar, extranjera. Tu lengua que, cuando empieza se funde sin que se fundan los dientes o tus labios o la saliva. Mientras duermo, hablame en otra lengua, hablame adentro de mi boca así ella no entiende. Abrí poquito la boca; las vocales son sólo puntos.

Acá nadie dejaba a nadie. El barco cruzaba el Mar Negro, llevaba exceso de carga. El capitán nos alertó del peligro y yo tiré algo de mis valijas. Fotos de pequeña. Fotos más en Ucrania hechas espuma blanca, oleaje de mar, eyaculadas. Tiré rápido las fotos para no darles la espalda. Para volver al camarote donde el vértigo me golpeaba los oídos. Entonces me decía, puedo aguantar más. Puedo aguantar ciento veinte voltios. Sacaba el relleno de los colchones, los usaba como toallitas debajo de la pollera. Los pasajeros no se daban cuenta porque no les daba la espalda. Y el barco seguía su viaje, y la carga no se aligeraba, y el barco era más pesado que el mar. Así, como valijas, o fotos dentro de las valijas yo, que no era ni de Ucrania ni de Moldavia, caía. Algo era seguro. Con tanta agua en la boca, no podía hablar. Pero algo era más seguro todavía; yo aguantaba. Yo puedo aguantar ciento veinte voltios. Olvido la información que no debo entregar y cumplo mi función de operaria.

Mamá y papá fabrican hijos. A mí me tiraron en alta mar que no era el Mar Negro. Aprendí el libreto sin salirme de la raya. Mamá está tranquila porque no se me escapa nada de la boca.

Hasta sentir el gustito. El interruptor que queda suspendido del cable en vez de fijado a la pared, un pulsador. Obreros, operarios, cabecitas, no deben alargar sus brazos hasta la llave, detener el paso de la corriente. Se para a la hora del almuerzo, de la salida.

Soy la cabecita que no mira la hora, no escucha el timbre. Te pide, no te me quites de la boca hasta que sienta el gustito, hasta que el mar más pesado que el barco se derrame en la boca y yo diga, aguanto, aguanto más. Ciento veinte voltios y esta vez sí, esta vez voy con el cuento, y soplo.

Mi papá tiene un clavo en el tobillo. Un ancla para agarrar un cuerpo que cae. Atada espalda contra espalda, agarrada del ancla del clavo del tobillo me detuve justo antes de caer, de ahogarme. La cuerda tiraba de la espalda hacia el cuello, me quitaba el aire. Era como escalar una montaña, pero al revés. Cuanto más bajaba, el aire, que cada vez faltaba más, me daba vuelta la lengua hacia atrás, como tragada.

Cuando el barco que no era un barco me arrastró hasta la cama en el centro de la casa, mi mamá envolvió mi cabeza en un paño con extracto de hierbas. Luego se puso su pañuelo de cabeza en la cara, buscó su manual de medicina casera para la madre. Preparó un purecito de cartílago de tiburón para sostener los cordones conjuntivos hacia delante y los lados. Un preparado para los músculos del suelo de la pelvis. Denso, laxo, el tejido vidrioso que, a pesar de su solidez, se dejará cortar.

Y yo haciéndole entender, para qué mamá si el himen es tan elástico que se extiende y no sangra. Y ella busca en su manual: ligamentos. Yo guardo el cartílago de tiburón en una taza. Si él sabe de la materia líquida con que se hacen los niños, sabrá de tiburones, de los tres o cinco metros de largo, de su voracidad. Entonces, mientras me falta el aire y jadeo o grito, un animal oceánico que sabe hacer niños se traga el mar. Y yo atada espalda contra espalda, ya no me ahogo. Abro la boca para que los tiburones que no son niños me abarquen. Toda.

Hubiera sido más sencillo no moverme en absoluto. Tuve miedo y gateé debajo de la mesa. Até una cuerda alrededor de las muñecas por si se me caía el brazo, me apoyé de una de las patas creyendo que era un árbol y esperé. Esperé que dispararan. Apreté las mandíbulas. Tenía las piernas como sujetadas a un gancho. Le decía a mi mamá que no podía caminar porque no tenía piernas. Ella me da un tirón y me lleva caminando. Cuando camino me dice cuidado con el peldaño; pero, o no hay ningún escalón, o toda la escalera se dispersa debajo de la mesa. Entonces es más sencillo no moverse.

Estoy muerta por él.

No soy judía.

Todo está en alguna otra parte. Yo llevo una estrella cosida en el vestido. Me escapo de los hospitales de Copenhague. Hago de paciente o duermo en la capilla para difuntos con el fin de embarcarme desde Dinamarca hacia Suecia en un pesquero. Me anoto en la lista. Y, aunque mi papá trae una muñequita de Alemania, me escribo en la lista de trapos, de marionetas. Entonces, con una tela cosida sobre los pechos para que no crezcan, huyo por el desierto. Preparo la piedra, el cuchillo, entablillo las piernas a los lados. Sobre la piedra veo a Abraham aceptando, la sandalia pegajosa y su fe en no matarme.

Afilo la lengua con una hoja o la retuerzo con los dedos. Algo así como desgarrar un traje o la piel. Retajar. El corte alrededor del pezón que no deja mamar a los terneros. Un corte anillado ahí donde se me endurece, esa punta en forma de botón oscuro que al tajarse, no se puede chupar. Arrancarlo con un gancho de carnicero.

Y ya no estoy en el desierto porque veo una lámpara detrás de mis hombros y unas taloneras de acero, bandejas a los costados. Un dedo o una tijera abre a presión; la otra mano separa, introduce una pinza que rota y presiona en una sola maniobra. Y yo, que no soy judía, que no veo a Abraham que es hombre y para; aprendo a bajar una palanca apretar una perilla bajar una palanca apretar una perilla.

Es más fácil de lo que pensaba. Los cuerpos muertos no se ahogan, se mueven sobre el agua sin tocar el fondo, flotan. Meto la cabeza debajo del agua y dejo que la ola de tu líquido me tape. Y aprovecho de lo que no para con nada, con nada para, para ahogarme. Pierdo tierra, hundo la cara en el agua y no la saco para respirar. Sumerjo la espalda y la cintura de costado y muevo los brazos volteándolos en el aire, mientras golpeo el agua con los pies continuamente. Una sofocación como si estuviera a metros y metros de altura, flotando.

Ella sabía que los hombres se ponen así, que cuando empiezan no paran con nada, con nada paran. Apretaba los dientes y sabía que pasaba rápido. Después, se levantaba como colgada de un clavo y se hacía una mezcla de ácido sulfúrico muy disuelto para borrar el tatuaje con índigo de la pelvis. De chica, carneaba las ovejas pateando en el aire el chorro de sangre que saltaba. Despellejaba el animal se apretaba los dientes se decía, pasará rápido. Preparaba un guiso con perejil, ajo y especias con un cortaplumas para pelar fruta. Enseguida, para verse las manos limpias, se lavaba en la palangana o en la jarra de loza que tenía en su cuarto.

Ella, que no sabía ni leer ni escribir, se recogía el pelo pensaba, no vaciaré las bacinillas.

Y yo cuento brazada tras brazada el aire que retengo porque me gusta así, que no pare con nada.

Mis manos se alzan en la oscuridad, tienen dientes afilados para roer el árbol hasta hacerlo caer. Coloco troncos escuchando el rumor del agua y planeo estirando la piel.

Algo cae en picada silenciosamente sobre la presa. Algo pisoteando sisea, se alborota allá arriba donde vive la guacamaya. Me cuelgo cabeza abajo y me lanzo con un graznido como aullido de lobo. Tengo un vivo color esmeralda para confundirme con las hojas; los ojos inmóviles de las lechuzas. Si miro, las cosas desaparecen. Por eso ando con los ojos vendados. Y me toco así, sin mirarte, para que no desaparezcas. Y cuando no te veo soy los animales que cargan un fusil al hombro, entierran los arcos y las flechas, alargan la cola y comen mientras se cuelgan. Con las garras abren un hormiguero, introducen la lengua larga y pegajosa.

Veneno en las manos diseminando su fluido. Algo no funciona, algo se pudre en los animales que se hacen los muertos. Entonces mi dedo es tu lengua que empuña las armas y en su movimiento saquea, corta carreteras, impide el paso maquinal de mamá que deja todas las puertas abiertas. Me saco las vendas para verla desaparecer.

Sobre la caravana del sexo que baja en tropel, bebo hasta el fondo blanco de los dedos. Bebo para sembrarme. De nuevo.

Ese más cuerpo tuyo durando dentro de mí. Algo así como una ración de animales vivos agazapados con su velocidad de animal, dentro de las venas, o la garganta, o el vientre. Si pusieras el oído en mi ombligo los escucharías a lo lejos. Mordés los pezones, y un rumor de animales busca la manada que, al roce de tu boca, te reconoce. Dos años escuchando. Todo el día. Hasta en sueños. Dos años para decir mamá, sumar sílabas, intentar; papá. El adiestramiento infantil de dos años es ahora la medida de escuchar y escuchar el galope de tus animales. De ellos sólo puedo darte la señal que dejaron, allí por donde pasan; la restregadura llena de palabras. Cuando te nombro tus animales hablan, te llaman dicen, estamos acá, no pares con nada. Adentro de la piel, entre los huesos, te piden más.

Ella no sólo sabía que los hombres se ponen así; también sabía hacerlos parar. Una celdilla. Dibujar con hilos una bolsa donde depositar el esperma. Aspirarlo. Un cuerpo alargado y esbelto levanta la parte anterior y junta las patas como si rezara. Una parte espinosa, con agujones, se inmoviliza. Él introduce los órganos copuladores. Ella lo detiene, lo sujeta, lo desgarrar. Quieta. Lo devora. Ella tiene lo devorado muerto de él. Ella camina con un animal muerto. Al día siguiente él busca hueseras para curar torceduras; yerberas. Ella se pasea con unos rollos de papel en las manos, los usa para secarse la boca porque ya no puede ni tragar saliva. El muerto que es él se llena de gusanos, insectos, moscas de la carne. Cuando ya no quede nada de todo el cuerpo muerto de él, ¿qué hará ella con los gusanos?

Con las medias puestas, durante diecisiete años. Algo se congestiona, se dilata, aprieta. La sangre azota, baja. Medias de nylon en verano para que no sepa que los hombres se ponen así. Porque él con la ropa puesta y yo con medias. Porque su mecanismo se activa con eso que desprecia, y así, todo vestido, no odia las medias las piernas. Odia lo que tiene que vencer, eso que parece interrumpirlo, el conjunto de piezas que si no le da cuerda no hace los movimientos combinados. La válvula se abre y las piezas ajustables entre sí se alzan y se contraen; un aparato que se detiene una vez que corta cada tendón de las piernas. Añadidas, asentándose. Mientras, veo perros salvajes remover piedras y alimentarse de la carne de los muslos. Veo a los perros como a diez metros de distancia. Cuando los escucho gruñir, un líquido como de grapa con limón humedece mis medias.

Ahora soy yo y sos vos, ahora estoy acá, y yo te desato los dedos y vamos hasta el más adentro de la niña que se desnuda y juega a encolar las piernas a la muñequita. Nosotros vamos con tus dedos desatados y un temblor que, ay amor, no para.

Los cortes no se acaban nunca.

Una hoja de afeitar sin punta de haber sido tan usada. Una vieja sujeta los brazos y coloca sus piernas sobre las mías para inmovilizarlas. Estoy en Benín en Togo en Senegal. Siento los talones duros del pie desnudo de la pierna desnuda de la vieja, arriba de mis rodillas, mientras, otra, corta el borde. Cuando paso por Costa de Marfil, el corte llega hasta los labios dejándome un pequeño orificio para la orina.

Escondo la lengua porque estoy despierta aún cuando duermo, y no digo lo que no tengo que decir. Así corre el miedo, líquido, gritando por mis piernas, respondiendo al te voy a cortar la lengua. Entonces no digo de la tintura de yodo sobre la herida; la medida higiénica. En el pozo del baño de la fábrica se vierte la sangre. En el pozo de los baños de todas las fábricas hay sangre de niñas circuncidadas.

La cabeza sobre el vientre de la vieja, mis hombros a la altura de sus muslos, reclinada como si fuera a parir; sólo que yo en Liberia, sólo que yo de cinco años. Y cuando pensé que todo había pasado; los cortes no terminan. Después; cada vez, rajada por los extremos de las costuras. Cuando abro los ojos veo una luz colgada como manchas. Pinceladas ocres de sangre seca. De a poco el verde, luego el rosa de una luz hecha pedazos. Impresión de estar cortada, cosida, cortada. En lo que sobra del orificio por donde sólo orina o sangre, algo pierde color. El blanco no existe y las sombras no son negras. Punteados. Vetas. Toallas mojadas.

Para comer al animal primero hay que matarlo. Utensilios. De cocina, de laboratorio, de cirujano. Eso descuartizado, comido muerto. Y sin embargo, algo se hurta, se precipita. Como un maremoto que sucediera en otra parte y me invadieran peces muertos plácidamente flotando entre olas ya no violentas. O una explosión que hubiese estallado y llegara un humo más plateado que el rocío y fuese ceniza caliente de cigarrillos apagados sobre mis brazos.

Los utensilios en la mesa son los mismos que usa el carnicero para afilar las cuchillas. Una mesa ancha con un mantel que es una sábana. ¿Una mesa o una cama?

Mejor, me tiro al piso. Ahí donde no hay manteles vos te echás como carboncillos en el fuego, ardiendo. Y, como el fuego no corta, no hay cortada cosida cortada. Porque sólido y mineral, procedente de depósitos antiguos de materias orgánicas, abrasa; me quema por dentro lo que dibuja a lápiz una vagina al carboncillo.

Una corriente de aire carnosos arde con el carbón que el mismo aire consume. La blandura de un aliento sostenido en tu cuerpo que así, sobre el piso, se mueve dibujándome con cintas de trazos más finos más gruesos los vellos sobre el pubis. Y abriéndose en un vaivén de puertas, nos comemos vivos.

Mirame mientras. A los ojos. Mirá ese grito adentro. Mientras te vas volvés te vas, yo me junto. Un destello en el más claro del naranja azulado me acomoda como una sorda. Con los oídos en los ojos no para escuchar; para moverme. Siento la altura, la intensidad, tu duración. La presencia, la ausencia, tu fuerza viva; el color de un sonido que vibra en la piel.

Cuando se trabaja no se habla, no se come. Yo no pierdo el tiempo, por eso no te hablo. Una mano un brazo una pierna. Papá me alzó sobre el balcón para que no tuviera vértigo a las alturas. Me sostenía firme firme, hablándome. Porque ahí al ras de la baranda del balcón él no trabajaba. O sí.

Manos brazos y piernas en el aire. Mirame mientras. Quiero ver el tumulto de tus ojos cuando me soltás. Y el oído en los ojos. Me balanceo. Te pido, abrazame fuerte. La calle se acerca. Doblo las piernas, tengo miedo que al estirarlas el vacío de los árboles y de la vereda ahí abajo las terminen absorbiendo.

Antes de que me sueltes, hago un último intento. (Cuando se trabaja no se habla). Entonces me dejo toda vacía como si ya hubiese muerto y no tuvieras nada para tirar por el balcón. Voy hasta los rincones; y nada.

El corte a lo largo, no a lo ancho. Seiscientos cuarenta años de prisión por haberme tirado al río. El aire como una sala en la que todo era grande. Yo estaba enhebrada como en una aguja. Me subí sobre un banquito para salir más alta en la foto, pero lo único que se veía era una varilla fina y larga y un ojo con la punta en forma de gancho por donde yo pasaba. A veces ella me desenhebraba, limpiaba con eso el laberinto del fusil. Seiscientos cuarenta años de prisión. Como injertada, las costillas del cuarto delantero de la res, de aguja. Soñaba con dibujar la rosa de los vientos y arrastrar una forma magnética en mi giro. Agujereaba redondeando las aguas del río. Seiscientos cuarenta. Pero yo iba preparada. Uno dos tres cuatro uno dos tres cuatro. Retengo la respiración. La ropa que llevo puesta me pesa.

Así no morirás. El corte a lo largo. Un montón de fibras de lino retorcidas no se cortan a lo ancho. Lo más; devanar, deshilar. Pero así no te morirás. Aspar la sutura de las vainas. Al galope del agua lo primero que me toqué fueron los dientes; porque los dientes si uno los pierde no vuelven a crecer. Y no hice más nada para evitar lo peor. Miré hacia la costa que era una especie de tragaluz del cuarto me decía, que entre alguien, que alguien salga desde abajo de la cama, me tire del brazo. Yo le diría, probame. Porque me gusta torta de chocolate, ropa gastada, desnuda. Me gusta coger desnuda. Pero acá todo está a medias y él se para al borde de mi cama y yo cuento uno dos tres cuarto, sé retener el aire. No baja la cabeza hasta donde estoy y no me muerde, tiene miedo del hilo de mi carne; porque los dientes no vuelven a crecer.

Ahí donde me invitás no es una fábrica. Tu baño no dice: mujeres-hombres. No hay un pozo sobre el piso. Entrás sólo vos; porque no hay nadie más; porque es una casa, o se parece a una casa. Te sigo. Me quedo detrás de la puerta, porque en esta casa que se parece a una casa hay un baño con una puerta. Abro. Y te veo ahí. Toda tu animalidad de pie sosteniendo tu animalidad. Entro. No jugamos a los niños: me mostrás te muestro. No somos niños. Tomo tu sexo desbebiéndose entre los dedos. Verte así, en lo más hombre, como meando paredes. Ahora lo tomás vos con tus manos. Entonces me desespera. Tus manos en tu sexo piden mis manos. Y yo, que por vientre tenía el sitio del vientre. Empiezo a tener boca, manos; me siento y te lavo lamiéndote, como una gata.

Primero me lavo con un disco de algodón. Después paso una crema, bien alrededor, también en la punta. En la mitad de la noche, me saco la remera con la que duermo. Te acomodo de costado. Así dormido como estás, voy tirando los brazos por las mangas, la cabeza por el cuello; el pantalón. Acomodo detrás de mi espalda unos almohadones, estoy casi medio cuerpo por arriba de tu cara. Me acerco. Como en una foto de tres cuartos de perfil sacada para algún documento, estamos los dos en un encuadre blanco y negro sobre un telón celeste. En el ángulo que forma la curva de mi pecho, arrimo tu cabeza. Dejo que así dormido sientas el olor. Sostengo el pezón entre el índice y el dedo mayor. El frescor de la noche, y el blanco y negro de la foto, y la presión de los dedos, endurecen mis pezones. Con los ojos aún cerrados, tu boca chupetea, muerde. Mis pies alcanzan el ángulo perfecto de tus piernas. Te miro, acaricio tu pelo. Abrís los ojos, tus manos juegan al gallito ciego, quieren esconder el hasta dónde de tus dientes. Me doy vuelta y te pongo del otro lado. Empezamos todo otra vez.

Cuando te vas, me quedo goteando. Como ruido sordo, poco a poco, pierdo lo que cae como en pileta de algún patio. Estoy adentro y escucho afuera ese taconeo de agua que corroe las rejillas. Miro a la pileta para saber si hay algo mío en lo que gotea. Pero no siento ningún cuerpo. Busco los agujeros; ojos, nariz, boca, oído. Todo responde al maquinazo. Los ojos, conservados en la bolsa vaciada de oxígeno del párpado. Mamá mete sus dedos en mi garganta para mostrarme que sí tengo un cuerpo, que no son gotas lo que termina pudriéndose en la loza. Cuando duermo boca abajo me pone su mano sobre la nuca como recordando alguna canción de cuna, y me empuja contra el colchón. Si extraigo el aire, el agua se convierte en vacío.

Voy a poner unos granos de café, o un poco de tierra en la herida, así no desprende líquido. Me tapo totalmente, también la cabeza adentro de la manta. No voy a escuchar el reloj que marca las seis de la mañana. Seis y dos minutos, seis y diez. Se pone el delantal azul, cuelga su ropa en el baño; enciende la máquina a las seis y quince.

Esto que gotea, es aceite.

Apoyada sobre la pared; el escritorio. Las manos sobre los libros; tirando los libros la lupa los lápices. En el piso. Continuamente. El pedazo que falta del rompe cabezas, lo detenido del agujero que congela la mirada de los que paran. El artefacto. En la cama o en la fábrica. La lesión o la matriz es ese fragmento que se adelanta, que atrasa; el metal ajustado que da forma. Una palanca ósea para atrás, para adelante, y la niña aprende a estar de pie. Las negras de la fábrica saben que las palancas no sienten vértigo, que ven con el ojo inmóvil de un cuerpo inmóvil; que las máquinas no ven. Entonces son ellas las que cambian de posición la matriz, las que retiran el objeto terminado luego de unos minutos.

Por eso yo no termino. Busco las manos tendidas en el piso. No las manos de la herida de guerra; las del puño, del golpe, eso diseminado adentro, eso que se diluye, me destiñe. Por eso quiero que me claves, para que todo el tiempo, para que sin parar, para insistir persistir prolongar. Para no volver la cara y ver aquello que bascula se fragmenta se adelanta se atrasa. Para seguir el hilo así de corrido. Cada día, de día en día, de un golpe, cada hora, de hora en hora. De una sentada. Todavía. Adelante atrás. De una vez.

Este es mi precio.

Se trata del cuerpo. Cierta ritmo. Cierta longitud del paso. Cierta juego de las rodillas, un contoneo. Se trata del cuerpo en una calle sin asfaltar. Cuando digo la palabra casa, en mi boca se forma una casa entera y me resulta difícil pronunciarla. No una casa entera; la puerta entreabierta de una casa por donde se ven niños respirando pegamento de zapatos. Cuando digo casa, se me enredan los pies en el muelle de Recife, ahí en el pozo que funciona como hogar, al ras del piso. Cuando digo la palabra casa me sale chicas de la calle. Y no sé por qué me sale calle, si hay alambres y puertas y paredes, y perros y rejas.

Se trata de comer el desierto para frotarme por dentro. Mamá me arroja al tren, se pregunta, cuánto dura el efecto. Hace la seña de la cruz trazada con los dedos para signar. Para hacer señas como un faro, para estampar en el troquel dando forma a chapas metálicas. Signarse un efecto que dura cuatro horas, y a la hora sexta rezar la oración que empieza con señor mío jesucristo. Porque a ella le dicen mi señora. Nuestro señor jesucristo y nuestra señora la virgen. Una oración que empieza en mi garganta frotada con arena, quiere decir señor, y pronuncia enfeudar.

Las laderas blancas de Grecia. El vigor de sus costas extendiéndose. Sobre su hundimiento. Un relieve fragmentado promueve la expansión marina. Acá, montañas sumergidas que forman golfos, penínsulas; lagos interiores. La cadena desciende a la llanura de Tesalia. Un aire calcinado se hace isla cuando el Egeo todavía no termina. Hasta donde termina y se hace Jónico. La migración egea avanza volcánica, sísmica. Se detiene. Derrama su infinidad de islas. Y todavía ahí. Yo me sirvo de una pierna como una rama que se desliza del continente al agua. Los venecianos recuperaron Atenas en el año 1684. Imperios de agua. Colonizaciones líquidas.

Yo no sabía que a ellos también les estallaba. Que a papá, la carne. Que tenían miedo y que por eso huían. Que cuando empezó a correr no paró con nada, con nada paró. Para que no lo reclutaran. Porque en el ejército todos morían y el abuelo no quería morir. Por eso las dejó sentadas debajo del árbol. Por eso las tres niñas y su madre se quedaron mirando la forma en que no volvía. Les preguntaría, dónde están los hombres, si pudiera verlas; si no hubieran sido ellas las que hubiesen desaparecido.

Duelen los huesos.

Te necesito como testigo del accidente. Para que digas que no huí, que no tuve miedo. Que no las abandoné arrojadas junto a otras mujeres viejas que habían sido violadas antes.

Duelen los huesos.

Y como yo no quiero hablar. Succiono mi propia lengua. Sumerjo la cabeza en agua en contra de la corriente. Para que se me borre todo lo que sé, lo poco que gruñe, zumba. El ruido de camas chirriantes. El bum bum tic tic como cajita de música que sonara sin interrupción. Junto trozos de un pez que haya sido mordido por un tiburón y mostrara la mueca de los dientes. Los restos de otro pez comido por un cuervo; mandíbulas de cangrejo como gritos lanzados en la línea de una red, su campo eléctrico vertical dirigido hacia abajo. Pruebo la corriente eléctrica y froto mi lengua a la de él como un ámbar que desprende calor por toda su superficie. En algún momento va a parar. Una corriente de cien a ciento diez voltios durante una o dos décimas de segundos. Durante ese tiempo, se suspenden los movimientos respiratorios. Entonces no voy a poder poner las manos sobre el fuego; jurar, rubricar. La cuerda se retrajo y ya no sirve para probar que el cáñamo no se ha cortado.

Son tres gotas de sangre disueltas en el café. No es un café en Dinamarca. Sólo tres gotas de sangre, testigos de lo que es mujer en mí. Él se la saca del pantalón, y yo me digo, Aquí están los hombres.

¿Qué te hago?

Abrió el agua de la ducha; me dijo, vení. Aspiré un olor a cosas mojadas, como si alguien hubiera dejado entrar aire fresco desde Escandinavia hasta los mares del Sur; cerré los ojos. Cosas ligeramente mojadas como ese aire de Escandinavia que llegaba cansado. Un vapor cargaba la habitación, se pegaba a mi ropa. Sentí hambre en las manos. Cuando le pregunté, qué te hago, no sé si escuchó. Si fue el ruido de la ducha o la niebla caliente que detuvieron las palabras. O será que cuando intento decir cosas, las palabras desaparecen de la boca; entonces no hablo para que la gente no piense que me estoy orinando.

Las paredes empezaron a sudar, la lamparita del techo era una linterna mágica que proyectaba objetos arrullados sobre los azulejos. Cuando me dijo, vení que te baño, abrió la cortina blanca de bordados blancos de la bañera. Me sacó la pollera y me miré. Era verano y no llevaba medias. No te saques las sandalias, dijo.

Sucede que debajo de la ropa yo tenía un cuerpo, que cerraba la boca y él me bañaba en semen el vientre, los pechos, la cara. Sobre los ojos, los labios. Paró cuando me fui.

Cuando me di cuenta que tenía un cuerpo debajo de la ropa, noté la medida de la cicatriz. El cuerpo se agranda y la cicatriz queda chiquita. Porque me tenían corta y una vez yo tiré. Cortita y yo tirando de la cuerda; algo se desgarró.

La próxima vez le voy a susurrar al oído. Besame la cicatriz.

Tiene un lado cortante, incisivo. Para la criada entre los muslos.

Aprendí bien los rituales. Obedecer recompensar responder callarme, como un cementerio con una puerta. Una nada de puerta para llevarse nada estoy anudada a una soga, atada de pies y manos. Desde el extremo superior, me lanzo.

Un lado muy cortante.

Del incisivo.

Observar las reglas callarme responder callarme. Recompensar. Dentro de mí hay un rollo de película disuelto. No voy a regatear.

No cierro la boca porque me olvidé cómo se dice la palabra olvidar. Porque todos los días me levanto a la mañana y no me encuentro. La cama es un terreno cóncavo por donde corre un río. Y yo voy todo el tiempo. Voy sin parar.

Salpico. Salto. Golpeo.

Ya no diré yo, nunca más. Cada vez que lo oiga pondré en su lugar, otra cosa. Una colonia de hormigas, una máquina, puños cerrados. Dormida con los puños cerrados y las manos a la altura de los hombros. Cuando no sé si mi mano acaba en los dedos o sigue en lo que estoy tocando. Mojó mis labios con su lengua. Para que cuando diga yo, se entienda máquina, colonia de hormigas, puños cerrados. Seis horas después del parto, la temperatura descendió dos grados y medio, las hormigas gritaban de frío pero ya nadie les creía. Cuando escucharon a las hormigas bajo riesgo de congelarse, sólo vieron puños cerrados. Me sentaba en la silla, jugaba a que me iba a México y volvía; pero no lo sabían porque las máquinas no se van de viaje. Entonces la cabeza, que conserva la vieja velocidad sigue cayendo hacia delante, hacia atrás.

Sólo debía borrar los pasos anteriores. Cambiar de verbos. Donde decía cocinamos juntos en una cocina de grandes ventanas que dan a un atardecer de un gris sinuoso, de un gris que recuerda cierta luminosidad gastada de cúpulas ortodoxas; y vos y yo cocinando con las manos que terminan en los dedos. Los dedos que nos chupamos de cremas, de quesos, de salsas picantes. A fuego lento, la cocina se envuelve de un humo caliente que empaña las ventanas. Ya no vemos los destellos de iglesias rusas; de afuera no nos ven. Antes de comer, tu boca vuelca vino en la mía. Borrar donde dice, ponía música, te bailaba con mi vestido azul atado al cuello, la espalda desnuda. Un baile que me acerca, te mira a los ojos; se adelanta, te mira más. Yo sudada, vos desde la espalda con manos que llegan a mis pechos sueltos, turgentes al roce de cada paso. Antes de que la música termine, cambiar de enunciado.

En ninguna cocina.

No había música.

Reducir a un mínimo la historia

Coger

Coger

Coger

Un proceso de dar cuerda en todas partes. La máquina saciante de bocas, de lenguas es un país, una especie. Anfibios acuáticos con sus filas de fositas que se abren al exterior; grandes acuarios tibios. Los satélites naturales de todos los planetas se llaman lunas. La luz tarda cuatro años desde el sol hasta una estrella. ¿Pude algo evitar seguir mientras tenga cuerda?

Había una falta épica en el espacio, una escasez de mar. Los que querían huir debían esperar que una luz llegase luego de cuatro años. Toda fuga fue el hundimiento de ocho minutos, o esa luz desde el sol hasta la tierra que tardaba. De tan agarrotados los ojos, un día deje de decir papá mamá. Ojos que reptan sin palancas. Es la química de conversión de la Edad Media. No la veneración a los santos. Es adorarte porque es metálico. Al dios hecho hombre de éste es mi cuerpo. Comulgar. Ir a tu parte. Rendir culto a la celebración de lo que en vos se extiende. Los minutos de la luz metálica convertida en el fondo de la garganta. Bajo las escalinatas de las pirámides del cuerpo. Tomo entre mis manos la cuerda que se hace carne, la acaricio. Apoyo sobre la mejilla el repliegue de tu sexo. Trago el agua tierna de los mares.

Hundiéndose.

Como una película con los movimientos acelerados de la Segunda Guerra Mundial. Hundiéndose con las rodillas y los codos paralizados, llenos de sangre. Con una botella de agua adentro de la cabeza hundiéndose; sacudir.

Apretaba con los dedos la punta de los senos, pero no tenía leche. En Ruanda una mujer con un niño colgando de su cadera mataba a otra mujer. Es una cuestión de tiempo. De abandonar todo para sobrevivir.

Todo hundiéndose.

En el desierto los vegetales imitan a las piedras. No pienses en eso, me digo.

Un cilindro con un material quemando el cuerpo por el cuerpo del otro. Hacerle doler. No pienses en eso porque la necesidad es ley. Empezá de cero, el punto de estrangulamiento hundiéndose. Haces doler en el bolsillo a estos negros. Dejalos sin un peso.

No adiestrada en no sentir. En cobrar. Entonces, no tengo dos manos ni dos piernas; tengo cinco, seis. Un cuerpo que busca acercarse a lo que siento cuando digo yo, o máquina, o colonia de hormigas. Si me quedo quieta es menos lento; lo todo dientes, adentro, se deshace más rápido. Si me muevo, me pagan más. Pruebo con frases correctas: La pared del cuarto es el mar que baña la costa africana. En África hay mujeres que caminan por el desierto con sus tetas al aire. Caminan como tigres o panteras, las caderas sigilosamente tensas. El calor lustra los pezones de un rosa morado.

Voy a dar signos de vida. En las frases correctas no diré que en África no hay espectadores. O que detrás del mar, de la pared, hay un continente civilizado que mira y vos no ves porque el continente, si te movés, paga más. De tal manera yo, o la máquina, o la colonia de hormigas, tiene cinco manos, seis piernas.

África está en brazos de su madre, envuelta en una sábana empapada en sangre.

Parcela, regula, controla.

Por mi derecho propio, con domicilio real en África hablo en lenguas. Ella sabe que a las mujeres se les corta, que algo para algún día, que les deja de venir. Por eso enchastra con su sangre la sábana que me envuelve. Entonces pagan más por una máquina que, al sangrar, es una niña.

No es nada.

Cuando contaron mis huesos descubrieron que había uno de más. Me ajustaron como si fuera un pedazo de madera. Por todas partes aparecían caballos, un lobo azul y una cierva salvaje. Tengo una hendidura incapaz de retener nada. Por eso mejor, me siento. El jaguar y el coyote son aficionados a ensuciarse en el incendio de la sangre. Lamen. En los cuentos, los chinos matan con un corte en el cogote. No es nada, porque una mujer que sangra impide que el hombre mate. Me lleno los ojos con especies de animales que solían ser humanos. Una comunidad de Amazonia que dijera con un mismo movimiento de labios: yo.

Antes de tener comercio con una mujer, se debe dejar el dinero sobre la mesa. No es nada. Ésta no es una casa de menstruantes. Una cierva una loba un coyote nunca podrán decir yo por sí mismos. Envuelvo los paños, los tiro fuera del tacho para que no crean que soy de las mujeres que están en la sangre.

El espesor. El volumen de la vara clavada en el morrillo. El peso que se extiende. La forma impresa de llenarme cuando acaba como un toro después de la estocada. Como la arena donde arrastran al toro, embadurnada de vísceras latiendo todavía. Yo que lluevo sobre las Ventas de Madrid busco con el agua huellas de su embestida. No para limpiar. Para levantar un olor a animal frotándose. Antes de salir al ruedo, escribo una lista para recordar al picador cuando me muera. Cuando lluevo destiño los carteles de la plaza, así no me acuerdo que tengo hambre. En pleno uso de mis facultades, yo que escribo para recordar cuando me muera; sin protección firmo cláusula décima décimo primera décimo segunda: sin guardarse las espaldas, es otro precio. Porque es preciso devolver el precio de las cosas. Y sin guarda, sin puntera, a cuerpo limpio; el riesgo de consumirnos entre las tripas.

Después estoy en Grodno o en los bosques de Bielovezhskaia en el límite con Polonia. Después es una tarde de otoño en las afueras de Bielorrusia. Lavo tus medias, tus calzoncillos. Levanto la cara, bajo la sogá casi hasta mi frente, tiendo el calzoncillo azul recién lavado, goteante de un perfume a jabón blanco. Estiro la tela, lo sostengo con dos broches de madera del lado de la cintura para que no quede la marca. Me paso las manos mojadas por las piernas. Tu piel con olor a mi jabón, mis uñas de fregar el resto líquido de tu cuerpo.

Es otro precio.

Mientras, retraso la lengua sobre los labios; así no me acuerdo de que tengo hambre.

Yo no sabía, que al no estar abierto, el sexo del hombre se desarrollaba en erecciones. Presiona contra el pantalón, me la hace valer. Ese es su derecho; el miembro tieso, erguido, que presiona y no para con nada, con nada para. Tenía apagado el micrófono del oído, una mente intacta con un cuerpo desobediente, el mío, que no escucha. Como una sorda leía en sus labios. La piel cede, el brazo se alarga y el cuello, que no está hundido en los hombros ve las palabras que nombra la mano; dice chupar, lamer. Me tapo los oídos, hago un rodeo, me pregunto por qué sustituir las cosas por palabras. Un día una virgen trajo un niño al mundo. La leche de los mamíferos se ordeña en los pastizales. Vuelvo a chupar, lamer. Las ranas viven después de haberles cortado la cabeza, sus ojos miran fijamente a quienes las devoran cuando entran completamente vivas en la boca.

Me está completamente tieso. Pienso cómo pudo entrar en este tajito. Corro y hago tope con la pared. Catapultada hacia dentro; no escucho. Me relamo y en lugar de acariciar, arranco palabras a lo que habla y habla. Entonces no escucho aquello que sé: que mis lunes martes miércoles son la forma de distribuir lo que me toca; la presa, el animal cogido tras el río ancho y excesivo del deseo, tras el ajeteo de rocas bajo cascadas que hacen espuma. Que el animal cogido siempre tiene un precio.

Sin clientes no hay trabajo.

Hace rato que se la está acariciando. El roce incipiente sobre la tela me dice que no hay tiempo. Se para al costado de mi cama con su miembro afuera. En el espacio, las estrellas arden constantemente. Nosotros las vemos centellear por el aire que rodea a la tierra. La luz, que no para con nada, se desvía por las burbujas de aire frío, o caliente. Me doy vuelta, sus manos buscan las dos porciones carnosas situadas debajo de mi espalda, encima de los muslos. Eso que si fuera un animal estaría debajo de lo que se llama lomo. Las estrellas son redondas, las dibujamos con extremos puntiagudos porque es así como las vemos desde la tierra. Cae dentro de mí. Billones de años más tarde, aplasta su materia. Lo que queda se precipita hacia un lugar de donde la luz ya no puede escapar. La estrella arde toda su vida. Cuando deja de arder, muere.

Paga porque tiene miedo que me aferre, o paga para aferrarme. De todas formas, como tardo en llegar, me demoro, en mi lugar siempre hay otra cosa: un recipiente, algo que flota, lobos marinos. Los peces sueltan de manera sincronizada millones de gametos, por eso no se pelean. La cabeza me crece sobre los hombros, no se me puede caer. Evito mirar a la gente a los ojos debido al agujero negro que tienen en el medio. Un agujero que no se cae. ¿Cuántos agujeritos tienen las mujeres?

En lugar de decirte, te quiero acá, no quiero que te vayas; te muestro la cicatriz donde el macho clava e inyecta en la corriente sanguínea. Te muestro trozos de madera o piedra donde se montan las ranas. Te hablo de los monos que viven en África y copulan de frente. O de las ratas que se acoplan cien veces por hora. Las ratas novios que no se pelean. Porque los novios se pelean porque no quieren coger, y vos no sos mi novio, ni mi cliente, ni mi padre. Y me pagás. Entonces, en lugar de decir tú, digo que los hombres son para el sable y las mujeres y los niños que no tienen derecho a derramar sangre, son para el sexo, la fábrica.

Cuando te vas, me tapo con las sábanas, estoy como en una boca. Pienso en animales que no pueden desplazarse y desarrollan un pene más grande que su cuerpo para alcanzar a su pareja. Me relamo.

Pese a todo, recuerdo aquello que no sé. Una calle de Israel, yo, Shulamit, preguntándole en un idioma que nunca supe; ¿y vos cómo te llamás? Una blusa de algodón deja entrever parte de mis pechos. Tengo el pelo suelto de un rojo que se incendia de tanto calor. Vos me respondés, Lejaim. Cuando te contesto que no podía haber sido de otro modo, tus ojos bajan por el sudor que cae en el escote. Recuerdo que me imaginás salada. Cuando te vas, me doy vuelta para mirarte más. Entonces mi lengua queda flotando en el espacio sin encontrar la succión de tus dedos. Doblo la parte superior de la oreja para tapar el agujero del oído. Voy a quedarme quieta para que nada se mueva. Abro la boca despacito, digo; los gemidos se fueron, Lejaim. Sacudo las manos para volver a su sitio las partes del cuerpo que te había tocado; o que pensé tocarte y están allá, en tu Israel que yo no sé y recuerdo.

Pese a todo. Pese a que algo está como una manta mojada y me envuelve, o como un plástico adherente de carnicero.

Pese a todo, sin sangrar.

No la crecida, ni el desborde fuera del lecho del río. No el agua que ese río arrastra consigo. Hablo de la huella en las paredes, sobre los muebles; la línea que deja el torbellino de una ola animal. El abajo abajo de un movimiento que inunda todo. Me levanto al alba envuelta por un vapor ligero y sólo veo pedacitos de madera, astillas, restos derretidos de puentes. Tengo dos orejas; una que oye y otra que desoye, ahí por donde se pierden en remolinos los gritos de la noche. A esta hora, las palabras se detienen antes de llegar a la boca, en alguna parte de la garganta; en la cara hay pedacitos de puentes derretidos. No es ningún antes de ninguna civilización por que sé que los salvajes no construyen puentes. Soy la memoria de una ciudad cuando bajan las aguas. ¿De quién es este recuerdo impreso en el cuerpo como algas desquiciadas en las calles? De quién es esta sacudida que no hace más que recordarte y no para con nada con nada para.

Es inmune quien no debe nada a nadie. La hendidura aprieta, se crispa; cuando se afloja la prensa sos una trabajadora más. Así como en la fábrica, como una negra todo el día y todo se lo queda el patrón. Después un bañito; y al día siguiente todo otra vez. La resistencia abanderada de la carne, ahora que te tiene adentro, pregunta de quién es.

¿Quién tiene miedo de contagiarse de quién? Lo que antes era sano, seguro, idéntico a sí mismo, ahora puede ser infecto. Contamina, impregna, supura. La virulencia hambreada del intercambio. Así se preserva del uso; una asepsia que es mordaza, es compensación. Contagiarse de quién, si pene es una palabra de dos sílabas como lengua. Lengua, que tiene seis letras, se silabea separándola en dos. La circulación infecta de las cosas personales; su arenga agrumada en la lista de los propietarios. Su uso, su abuso, su régimen de curación. El derecho de tomar aferrar arrancar.

Voy a esparcir azúcar para que chupes más dulce. Tu lengua adentro de lo que falta, ese desgarró pide lo impropio. Que lo mío no sea más mío, te pide. Enajenada, más. Una expropiación sin precio.

Liquidame.

Se trata de tiempo. Cuanto más rápido, hago más dinero. En todos lados, después de pagar, se canta: Nuestra tierra libre, Nuestros hombres honestos, Nuestras mujeres fértiles. Ellas guardan el dinero en el surco del escote. Yo siento el despeñadero por donde no se puede asir, donde se resbala en vano la distancia. Me regaló un señalador. A mí, que no tenía ningún libro; me dijo, tu cuerpo es de papel. Cuando estoy sola pienso en hacer un bollo y tirarlo, o cortarlo en tiritas; o lo corto y lo hago polvo. El papel está hecho de fibras de madera, de trapos, de paja. Sirve para escribir o para envolver. Algunas hojas tienen su cara cubierta de arena o esmeril; esas que se usan para lijar. También se dice papel al billete. Y yo, como si goteara, tengo un fondo perdido porque no sé dónde para. Continúa y lentamente la gota se escurre, consume toda circulación. Me preguntás si tengo algo a cambio. Tengo acetona en la sangre. Corroe, ácida, cualquier papel. Tengo un astrolabio en los ojos que mide la altura del sol y de las estrellas con el fin de conocer la posición exacta de las naves. Y unos oídos de gata que, al escuchar, lamen. Tengo dos pezones; si los mordés, algo tiene que salir.

De lo sobradamente, lo ampliamente consumible, de lo que se hace con dos cosas una sola, o de unir lo que se había separado antes. Eso que se llama cuerpo. Va de un borde a otro de la piel. Vacila en un temblor continuo hasta agotarme.

Una perra cuyos restos fósiles más antiguos fueran encontrados hace doscientos mil años; el perro lobo de las turberas. El pulsar continuo del cruce entre el lobo y el chacal. Los pliegues en ángulo de este deseo impetuoso hacia atrás hacia delante. Eso que dice, estoy quieto estoy yendo. El estro que hace punta y muestra la caza. Las varias montas que me cubren. No es una manera, un modo; la calidad o el carácter del título de un como si fuéramos animales. Una perra en el abismo donde olvido nombre, palabras. Toda saliva dientes patas frotando. Desnudándome; porque soy toda nunca vestida, toda perra. Somos esto que aclamamos, lo más allá del límite, lo fuera de sí. Perdiéndome en tu territorio me tirás del pelo, hacia atrás hacia delante. Y en una dulce violencia mayor, sacrificamos cualquier resto de humanidad. Ahí, abotonados bajo la corriente de sangre que no sabe otra cosa más que esta fuerza bruta, criminal. En ese momento, en el calor asesino de toda conciencia, lo abierto del mundo arde en mis ojos.

Quiero llorar, pero los perros no lloran.

Callate y hacé lo que te piden.

Como una prótesis, un afuera llevado adentro. Una pieza imitando o no esa parte; un diente o un ojo o una pierna. Ella propone, proclama una sustitución. Callarme y cobrar por lo que piden. La pronunciación metálica de la caja donde guardo el dinero. El delgadísimo diafragma ese adentro que no coincide con la piel. En los límites retenidos la higiene hambreada de mujeres en la fábrica hace lo que se les pide. Y yo o el adentro que emerge de un surco que no para. El margen, el umbral cincelado en vellos cada vez más gruesos hasta hacerme carne.

Para que ella deje de insistir, ignoro que tengo un cuerpo. Siento una música, un rozar de pulseras, o collares de piedras grandes, o aros que, al caminar, acompañan el taconeo de las griegas, de las helenas. Me callo para sacar la música de lugar. Verifico dónde los brazos, las orejas, los pies.

Juego con mi dedo en la saliva de tu boca. Paso el dedo por el pelo que entonces se tiñe de tabaco.

Vos decís que los perros también lloran, un llanto como los que tienen a veces los niños. En las catedrales sin habla, esa acometida hasta agotarme. Este es el ahí de las fieras, su accesible torbellino que no pide que le peguen. Me arrastro con un grito que se amontona en la mueca de la cara y parece dolor y es otra cosa.

Hasta lo último de un ya no durar. No volver de este temblor de perra apaciguada entre tus piernas. Así, con esta muerte, desmoronadamente indócil. Parar ahí.

Lavarse; antes, después. Pedirle que se lave; antes. Cambiarse de ropa; antes, después. El protocolo sanitario enseña a actuar con reserva; ir con cien ojos. Tomar con cautela el hierro por si aún quema, y medir las palabras. De todas maneras, no tengo que hacer mucho esfuerzo porque las negras de la fábrica hablan un idioma que yo no hablo. Será por eso que cuando se refieren a ellas, terminan diciendo, negras de mierda.

Fui a tu pieza y me acosté en tu cama. Apoyé mi cuerpo bien al costado del tuyo, bien pegadito. Las sábanas eran de un blanco espuma. Yo no sabía cómo chupar el mar con mi lengua de agua.

Las que saben de estas cosas me dicen que haga todo yo. Que cobre sólo por hacer. Por hacer, me dicen, no dejes que te llene de lenguas manos. Blanda, aceitadita; la pedagogía de la postura. Como bandas de tela que ciñen el cuerpo del lactante: mantener la cabeza derecha, los hombros algo echados hacia atrás sin permitir que el vientre se adelante. Perfeccionar el cuerpo, hacerlo insensible. Las clavículas son huesos muy tiernos por su materia espesa, porosa. La conformación ósea que no está hecha para ser perpendicular se curva hacia adentro en su parte inferior, se corrige. Con un movimiento fijo los resortes de la mecánica. En compostura, hago todo yo. Derechita o encorvada así no extraño a nadie. Ninguna huella de dientes manos pelos saliva. Nada. Te volvés a vestir; limpita. Y para qué, si yo no quiero olvidar, si mientras lo acaricio así de adentro, así desde afuera adentro, adentro de lo que viene, de lo que llega hacia delante, de lo que se adelanta; busco que marque, que me haga una señal dibujada o pegada. Un dibujo visible al trasluz como los que hacen los fabricantes de papel para saber a quién pertenece. Yo. A quién. Anotar, apuntar, señalar. Puntear, como coser o dar puntos; o como tocar la guitarra hiriendo las cuerdas. De modo que los sonidos salgan desligados. Grito, hasta alcanzar tu corazón.

Ahogate.

No me dice; ahogate. Morite ahora, antes de que pague; ahora con todo eso adentro. Ahogarme. Que se la tenga así, fuera de vista. Y me muera. Para que este inclinarse hacia delante, esta oblicuidad de la pelvis ya no desplace la visión del cuerpo. Para que con un gasto de las piernas se enderece todo en desplazamientos casi abstractos. Si me dijera, morite ahora, si me ahogara; este cuarto dejaría de moverse, y las calles ahí afuera, y la cama, se quedarían quietas. No insistirían, cada cosa con su curvatura; la inflexión, la extensión, la rotación. Todo este afuera dejaría de ser cuerpo, como ranas o sapos que se reproducen afuera de ellos mismos.

Acá se paga por tiempo. Para hacer más rápido, él está apenas vestido, yo me desnudo. Él apenas vestido y mi cuerpo que no termina como el de los sapos o las ranas en el borde de la piel, no para con nada, con nada para.

En la fábrica, el movimiento ordenado de cada obrero es simple. La tarea se repite. Más fácil, más rápida, más perfecta, cada vez. Nunca nadie está ocioso. La manufactura requiere resistencia y elasticidad; y el conjunto alcanza mayor rapidez cuando se vigilan los gestos.

Pasen y vean.

O bien estoy girando o las cosas que me rodean dan vueltas como si me asomara a un precipicio o me encontrase a una gran altura. Una sensación de perder el equilibrio sumida como estoy, así arrastrada por todo este afuera de vértigo de ranas o de sapos. Aprendo bien la lección: nunca nada
está
ocioso
en mí.

Ayer hoy mañana hoy. Nunca falto. Me despierto todos los días para contar la historia del incendio. Tormentas eléctricas solares vibran en los ojos abiertos hacia arriba y hacia dentro. Los músculos se contraen en una ausencia o en un exceso de peso. Cerca. Al lado. A lo largo. Horizontales, mis ojos de mapache se demoran. Levanto el brazo izquierdo de manera que el puño, que está abierto, recorra la línea más recta.

Las palabras describen algo que alguien más debe tener.

Las caderas se inclinan en un columpio pintado de verde o de azul o de rojo; arden. Por una saturación del aire, el cuerpo comienza a desobedecer. La espalda parece estar surcada por hilos geométricos. Cerca, al lado, a lo largo: mi cuerpo que, al desobedecer, se quema, desaparece. Me da unos pesos de más por mamarlo todo, por chupar sus dedos de mermelada líquida. Pero el paréntesis, el sopor del sueño, sólo se despierta con eso tuyo que me echás a baldes en la cara; y me faltan palabras para decirte que no tiene precio.

Cuento la historia de cómo se quemaron las paredes de la cocina. Después de que el fuego consumiera los límites revocados de las paredes, la cocina fue una parte más de la fábrica. Día y noche la luz blanca del taller enfría, como un hospital, cualquier infección. Una luz que no para con nada, no se apaga para dormir. Como un frigorífico congela los sueños; porque una funda puede mantener los restos, pero no impide la descomposición. Cuando me despierto del sueño congelado, me quedo con la sangre en el ojo. Busco el apéndice membranoso con forma de lanza en la cabeza que chupa la sangre de las heridas causadas por los dientes. Los incisivos sobre su cuello dormido. Me miro al espejo, no hay sangre en los ojos; el blanco más blanco, más celeste. Él no duerme conmigo.

Mejor así. Cuando arrase ese viento tropical a modo de torbellino. Cuando gire en grandes círculos y su diámetro crezca a medida que avance su recorrido, desde el lugar de origen hasta su disipación. Cuando, como una deidad maya de Guatemala, se llame huracán al corazón de los cielos; me dejaré estallar. Entrará sin medida por todas las aberturas. Dejará algo como esquirlas, fragmentos alargados y con puntas desprendidas de sus huesos. Se me romperá la piel. Dará un crujido y volarán astillas, trozos irregulares partidos de las paredes de la cocina de mis piernas que ahora quedará a oscuras.

Cuando escuchás el ruido que se produce al abrirse la madera de mi vientre, vos, ¿en qué pensás?

Un grumo negro debajo de las alzas. La manera en que hacés muchas rayas por encima de perfiles borrosos, frotados. Negro, no como lo que no tiene color; lo que pica en la lengua y absorbe la luz. Levanto la cara, quiero decir tu nombre, pero todo lo negro empuja los pasillos de mi garganta. Tapiada de negro vertical. Una acumulación, ese tumulto de tu cuerpo. Hasta el fondo.

No me des respiro.

Mirá con los ojos copiosos de lo negro.

Decime dónde hay final.

En lugar de llorar cuarenta días seguidos, saldremos con los negros de la fábrica a rayar autos. Quemarlos. Ya no escucharé el aguantá, aguantá. En el quicio de dos zonas, amontono el arsenal, mido la agitación del aire y la variación de los vientos, las nieblas, las brumas. La estatura se desarregla, el cuerpo se curva, se aboveda. Siento la dureza de los músculos de las nalgas, el estiramiento de la columna; la nuca tensa. Un soplo como aliento que, a mayor intensidad del fuego, pide más aire, habla de quemar más. Los autos ardiendo en las calles o el agujero occipital ligeramente más atrás. Y la carne encendiéndose como trapos, o como traperos que se pasearan con un grito que llama a chupar.

Olor a combustible en las uñas.

Cuando vuelvo a medianoche, remuevo la tierra de mis piernas con la azada de las manos. Abro un hueco, un vacío; cavo. Formo una cavidad con los dedos como para beber agua. Es el reverso de la sed.

Inútil cortar la muñeca para ver qué hay adentro. De ese enterrar. De lo que hay excavado. Lo que ahí crece.

¿Me ves ahora? Ahora que hago un hoyo, un pozo de lobo con los pelos del pubis disimulando las estacas del fondo; y todo vos hundiéndote. Ahí donde me vuelvo invisible, donde lo tuyo se hinca completamente. A lo que está debajo de mí, con las nalgas apoyadas y sin descanso suspendida como en el fondo de un río. Llevarte puesto como una herida hecha en la carne. Como el rosario que llevan los árabes en la mano mientras hablan, mientras toman un té en sus vasos de vidrio, y tocan, y cuentan. Contá las vértebras de la espalda. Mientras me muevo sentada, y no es un bar, y no hay parroquianos, y no estás tomando ninguna cosa más que esta sed mía de que cuentes. Contá en voz alta así te escucho mientras voy muriendo. Me muero de espaldas, sentada sobre un río que cada vez ahoga más. Sentí los huesos, mirá cómo se marcan debajo de la piel, seguí el recorrido de las venas, los músculos; que si muero ahí no habrá ningún precio, nada de eso que llaman arrendar.

Este lugar está en un barrio desechable con fábricas desechables con negros de mierda. Lo quitado de paso, de encima, de en medio. Un gris inútil, apartado. Apilados en el cuarto trastero, todos los que están, están quitados de vista. Un basurero. Un gris untuoso de cosas oxidadas, de cosas que gotean. De tanto caer y gotear, las personas acá, están reducidas a hilos de carne. Yo paseo con un espejito, un instrumento con el que me separo los labios, las aberturas, las paredes. Quizás adentro esté más lindo.

El dinero que junto no es para irme; es para creer que soy dueña de cuartos pasillos camas donde alguien entra y sale, apaga las luces, cierra las ventanas, se lleva las llaves como castañuelas. Aprendí bien mi trabajo, cuando escucho el chirriar de la puerta, la chupo rico sin hacer ningún ruidito.

¿Qué habrá pasado adentro?

De la ranura veo ojos nariz boca piernas. Una bolsa de cosas de un cuerpo lleno, atragantado. Cierro apenas la ranura, los ojos se mueven tanto que prefiero concentrarme en el timbre de la voz, su tono; eso que usan los animales para guiarse. En la entrada de la fábrica pusieron un reloj. Hay que marcar tarjeta al entrar, al salir. Introducís el pedazo de cartón con tu nombre en la ranura metálica y el sistema entinta el casillero con el día de hoy. El reloj tiene una caja gris verdosa, toma la cartulina como si se agarrara de una cuerda y no la dejara escapar. Si tirás del papel, las horas salen lastimadas.

Voy a hacer un cuarto todo cama. Adosar colchones a lo largo del piso, cubrirlos con una especie de tela blanda, de un azul consentido. Las paredes de blanco, y sólo cama el cuarto donde te espero con un pedazo de hielo en la boca para mantener fresquita mi lengua.

Pero el reloj no para con nada, con nada para, su tic tac constante dice que, por hoy, tu turno se acabó. Yo no sabía que un cuarto es una porción, una magnitud que contiene cuerpos que existen en el mismo tiempo. Cuando te vas, mi cuarto desaparece.

Una gran nube de agua tibia pulverizada en el fondo de los dedos. De la boca. Limaduras de piel, escurriéndose; detritos de animales marinos. Lo que no produce. Un catálogo empapado de algo que no hace existir, no fabrica, no genera. Una especie de campamento donde los moros tenían a los cautivos, como los baños de Argel. Cerramos la puerta, abris la canilla para que nadie escuche, o para que se precipite un agua por la rotura dulce del cauce de tus ríos.

Yo, más que de rodillas. Vos, más que de pie en la bacina de mis piernas. Una densidad de partículas disueltas de un ambarino claro. Uromancia de las mujeres de Argel que se enamoran por el filtro de tu sexo.

No sabía que esa musculatura usaba su fuerza para vaciarse. Como afilando un utensilio de corte, o echando en un molde tu materia fundida.

Estoy tomando algo.

Me embadurno como los extintos onas de la isla grande de Tierra del Fuego con tus colores saturados. Alejás un poco mi cara. Apoyás apenas tu mano sobre la frente. Y eso irreversible, eso oscilante que inicia toda la serie, una vez más; pinta las mejillas, el borde de los ojos. Yo, como tomando color la fruta, me cubro el pecho las piernas, me dibujo con estos colores tuyos aplicados en caliente. Y sólo puedo volver a desearte porque únicamente puedo recomenzar. Ese instante ascendente en el que caemos sin parar, sobre la tensión desposeída de tu miembro mi vientre. Lo que se pone fuera de sí. Fuera del tráfico de los cuerpos, del horario de la fábrica. Aún en esta habitación o en este baño.

Nos mordemos como muerde el oxígeno del aire o el paso del agua.

Dándome.

Los demás creen que no estoy; por eso pagan. Me pagan para hacerles ver que eso que tocan es esto que responde a mi nombre; eso que se dice yo, y que a veces sueña que no puede correr y otras que vuela.

Él viene casi todos los días, se da a comer. Yo me enciendo como un sol que da de lleno en el desierto. Desde la afluencia bestial de sus venas, me espeso. Es como salirse del huevo un animal. O venir al mundo. O el abrirse de una costura al borde de la tela. Nacida. Yo no sabía que se dice nacido al que ha vivido varias horas desprendido de aquel seno.

Cuando pase un día entero con vos, este lugar se va a llamar casa.

Derribar
derribar
derribar.

El naufragio del barco en el que vamos. Se pierde la continuidad. Abruptamente. El hundimiento o la ruina del buque en el mar. Traspasar la línea de recorte en las venas, en el temblor. Levanto la cabeza, miro la multitud desesperada que zozobra. La nave se rompe y el océano se me mete adentro. Echa abajo uñas pelos dientes.

No saltes por la ventana. Estamos en medio del océano. Litros y litros de agua salada. Muertos de hambre; por todos lados, el mar, multiplicando la sed que crece en un número que contiene a otro varias veces.

Fijar un precio. ¿Cuánto cuesta decirle, yo también? El universo de las cantidades. Lo que circula, rueda, pasa de mano en mano. El metal intercambiable por cosas. Un objeto en el flujo circulante de la mayoría de otros. Un yo también por una determinada cantidad. Él paga para que, cuando me diga te quiero mucho, yo le contesté, yo también. Voy a fijar un precio. Tendré en cuenta al animal, a la planta, al hombre prehistórico. A los dos millones y medio de años antes. A mis manos prensiles de cinco dedos; a los pies poco adecuados para asir. A los pueblos sin escritura de un tiempo que no alcanza la historia. Porque no hay anocheceres, ni amaneceres. Ni velas, ni un cigarrillo después, ni una copa antes. No se escucha música de fondo. Sólo dos animales o dos plantas o dos seres erguidos (o sólo uno de ellos) con lo erizado de su pelaje corporal abandonados uno al otro. Una fruición que anunciaría una hecatombe física. Pero no. Algo crudo; como la seda o el lienzo con un color semejante al de la arena o al de la piel.

Antes de comernos crudos miro hacia el cartel que cuelga de la puerta. El trabajo libera.

En otros tiempos los hombres desconocían el fuego, y calentaban la carne exponiéndola al sol para que no estuviera del todo cruda. Desanidaban sobre arena caliente.

Él no sabe que yo tengo un agujero en el estómago. Que por eso no funciona como sepultura acuática. Que los bebés se me caen del agujero. Aunque los pechos digan: sea, se me ericen, se pongan tiesos y comiencen a gotear como una vela. Perforada, empalada; a punto. Si probás, no cruje, no produce ese ruido como el que hacen los goznes de las puertas.

Pasame entre los dientes.

No haremos ruido.

En la fábrica hay una caja fuerte.

Una caja o una funda para guardar. Los alrededores de la comida. Untar con miel cada pedazo para conservar los despojos de los muertos. El puntal de sus glúteos a lo largo de mi garganta. Yo toda estuche para que pare con algo. Sostengo en peso. En el mundo, el peso total de las hormigas es igual al peso total de los hombres. Continuo trasiego de alimentos. Él muere al poco tiempo de haber apareado; ella pierde sus alas, agujerea el suelo y permanece allí sin comer durante semanas. El peso total de las hormigas. Se apelotonan para formar un nido constituido por sus propios cuerpos. Es igual al peso total de

(para que pare con algo fabrico una caja y me lo guardo ahí).

los hombres.

La hormiga león cava fosas en forma de embudo en cuyo interior se encierra y aguarda.

A diecinueve kilómetros de altura, la sangre hierve.

En caída libre.

Algo se desprende, se suelta, se deshace. Yo.

Gasto la resistencia que el aire ofrece a ser penetrado. Cada segundo que transcurre la velocidad aumenta. Nueve metros por segundo. Tan en la cumbre del himalaya, al límite de lo que un cuerpo pueda soportar; me lanzo. La voladura de ver su sexo desde acá arriba; el ahuecado que hace más finas las paredes de la boca. Caigo como los magos de oriente adorando al niño entre las piernas. Cada vez veo más de cerca el piso. ¿Tengo que llamar enajenación a esto? Este es el terror de la lengua. Quemadura por quemadura. Golpe por golpe. Pie por pie.

En otros tiempos el acreedor podía cortar partes del cuerpo del deudor. Sales cerdos caracoles. ¿Tengo que llamar trabajo a esto? El terror de la lengua. Mano por mano. Herida por herida. Yo no sabía que cuando cogemos nuestras sangres se mezclan.

¿Cuando cogemos nuestras sangres se mezclan? Los sajadores de tus manos retiran la envoltura que me cubre, hacen incisiones en el corazón.

Se dice caído al muerto que defiende una causa. La aceleración de espaldas, de cabeza, de manos; doy en medio de mi vientre tus piernas. Me tiro. Adentro todo se despega. ¿Dónde es acá?

...y por haber las parteras tenido a dios, él les hizo casas.

La usura de las palabras.

Cordones.

Cada caja tiene una cantidad de cordones suficientes para una tarea. Pero estos negros, o no saben contar, o se guardan algunos entre la ropa. La usura de las palabras. Estos negros de mierda no se guardan; se roban los cordones.

Yo me imagino la cuerda del ahorcado jugando a las palabras las letras. Y falta una y los limadores de mis ojos devoran el aire, raspan el papel. Me depilo las cejas para tener libre la mirada, para seguir la inyección del aire en las venas; la tinta que corre y escribe. Decían que aquellos que habían sufrido un gran miedo debían beber pis de un niño.

Una lengua muerta no se pone a circular bombeando sangre. Entonces, para no morirme de miedo, junto en un frasquito la miel de tu entrepierna.

No tiene un pubis lampiño de niña demasiado joven.

El cabello largo de las hembras. La manera en que las crías se agarran de él mientras nadan. La punta huesuda de los machos y el golpe. O la sangre, que entra más de la que sale. Quiero la congestión que presiona y presiona. En un tubo de carne de diez a quince centímetros. Entre los bosquimanos de África del sur los labios cuelgan como dedos carnosos. Una pequeña esponja empapada en sangre de paloma en el tubo, para que vea que tengo un cuerpo.

Que sea. Te digo; sea. Los dioses se alimentan de los perfumes exhalados por la incineración de los huesos. Yo hablo en una lengua muerta. Apenas me entiende cuando digo que quiero
palo
y
palo.

Acato las leyes secretas del encierro. Cada una de las veinticuatro partes iguales en que se divide el día. Hora por hora. Trabajo sin parar. Un ruido metálico de cerrojos como postigos abriéndose hacia las plazas. Las inscripciones en los muros de la piel de escribas desterrados. Cortando y untando la herida con tinta, o punzando la piel con huesos de animales. De un motorcito de radio se desprende una navaja sujeta con hilos. Me marco un pedazo de tu carne en mi cuerpo. Practico pequeños orificios como se les hacía a las momias, me hago un grabado permanente.

Descendés el abrazo a esa carne oculta, ahí donde da vueltas el cinturón pélvico. Parches de piel almohadillada encima de las nalgas. Donde se arquea la espalda, donde se ondula más, voy a tatuar tu nombre. Como los traseros descubiertos mirando hacia fuera de las fortificaciones para evitar una muerte turbulenta. Pongo tu nombre ahí con un palillo, una aguja o un hueso afilado, porque dicen que el diablo no tiene nalgas.

Antes de los cuatro minutos en que me quedo sin aire, vos apoyás tu puño con el pulgar hacia adentro justo por encima de mi ombligo, me sujetás con la otra mano. En esos minutos antes; yo de espaldas, tu nombre rozando el motorcito de donde se desprende tu cuchillo y me graba; me graba de memoria, puntualmente. Antes, toco con mi mano el fondo, eso donde en vos no pararía con nada.

Cuando se va no me pregunta si me voy a matar.

La distancia es sólo un punto para el fondo de los ojos. Cuando se va, todas las cosas se me pegan a los ojos como sucede con la piel, el tacto. Me pican las cosas en los ojos, entonces me chupo el dedo. Cuando me paso el dedo con saliva me sube un frío a lo largo del brazo. Me pican los colores como remolinos de aguas turbias. Agujeros oscuros de diámetros definidos que, cuando se acercan, comienzan a danzar alrededor, se funden en un torbellino. Voy a poner el remolino en una caja para cuando vuelva. Me toco el borde de los ojos. Ese borde fino de la herida habla de un arma punzante.

No me pregunta si me voy a matar cuando se vaya, cuando le digo no no esperá, esperá, no no esperá. Cuando su respiración se hace espesa y yo le digo no, no; tenés que irte. No somos parte de la especie porque no tendremos descendencia fértil. Además de la materia en el aire hay un espacio vacío. Somos ese espacio del peso del aire. Paso mi dedo con saliva por ese vacío porque me pica. Cuando te vayas voy a palpar el vacío que deja tu miembro.

Grande es la pobreza,
pero mayor la integridad.
Lo máximo es el bien de la obediencia.

¿Oís cómo el caballo obedece a las riendas? Las cuerdas de los presos, la obligación de trabajar encadenados con grilletes. ¿Oís? Lo aprendí de la iglesia, de sus reliquias expuestas en bellas cajas de cristal donde se aprecian los restos.

El faldón de la piel, bordes enrollados hacia adentro. Eso que en las hembras se taladra o se perfora. ¿Oís los sonidos de la voz, padre hijo espíritu santo? La palabra hombre no es un hombre, es una palabra de seis letras.

De frente y de perfil sobre fondo neutro, la higiene de los engranajes los datos de miradas perdidas. De frente y de perfil condenados por lo que ya ha sido. El rostro cuenta la historia de los deshabitados, de los regantes mestizos. Vienen por el agua de los cuarteles naturales, como el Trópico de Cochabamba haciendo la guerra del agua allá en Bolivia. Y de qué voy a trabajar si todo el mundo quiere vender.

De frente
de perfil

restituir al uso la cara que dice Ahora me tocás vos a mí. Un primer plano que, en vez de simular el placer según la regla (grande es la pobreza pero mayor). En vez de exhibir la más absoluta indiferencia, te miro te digo Ahora me tocás. La toma no captura lo descarado del consumo. Las últimas palabras de aquel hombre en la cruz, irreductible

tal, que ya no para con nada: Consummatum est

Me consumo.

Y estaba allí un vaso lleno de vinagre. Sed tengo. Para que la escritura se cumpliera, le acercan una esponja a la boca. Consumado es. Y vinieron los soldados y quebraron las piernas al primero, y también al otro. Cuando abrieron el costado del último con una lanza, salió sangre y agua. (*Hueso no quebraréis de él*).

¿Qué es contar?

No escribas Rey de los judíos, escribe él dijo Rey soy de los judíos.

Para que se cumpla la escritura: él es lo que cuento. Se acostaba y se le clavaba las manos al travesaño. Los pies al poste. Se le pasaba una clavija entre los muslos para sostener el cuerpo.

Me consumo.

No la necesidad de adquirir, sino la necesidad contraria de destruir, de perder.

¿Qué es contar? Hay una risa de niña que no para con nada, busca ahogarse de tanto reír. Hay una hija perdida que no hace cálculos. Hay un temblor como el espasmo del que dicen que no murió (consumado es).

Me llevás hasta el baño. Me preguntás si me gusta y no puedo contestarte con mi boca así de llena. Me muevo entre tus piernas como si hubieran cortado las ramas y yo cayese, y no hubiera suelo donde caer. Mirate en el espejo, mirá cómo destruyo todo eso que tiene mi nombre, como soy el resto de animal que tiembla.

Con tus manos me alcanzás la esponja embebida de tu sexo. Cuando me paro, no puedo caminar, (*hueso no quebraréis de él*) casi me caigo entre tus brazos.

Vos, te ovidás de pagar.

El proceso civilizador. El evangelio de la higiene. Garantizar multiplicar regular. Medir los índices, evaluar las probabilidades, clasificar. La lógica de la fábrica: reducir los costos.

Ahora van a ver lo que es bueno estos negros de mierda; si se juntan para no trabajar. Los dejo pastorear. Ya verán lo que es bueno cuando traiga mercadería de China.

El proceso civilizador, el encuadramiento gradual y persistente del tiempo. Voy hasta la China por vos; por vos hasta ahí dicen que hay una pared que se llama muralla. Hasta ahí me doy la cabeza contra la pared y algo para. Me raspo la cara los brazos. Lloro. Cuando lloro, saca el miembro me lo da de mamar. La muralla se cae. No es una máquina de apretar.

Como la máquina de apretar el ganado. La res entra y asoma la cabeza. Entre los paneles que se acercan, se apoyan las manos y las rodillas. Un compresor de aire acciona la abertura para el cuello. La presión lateral disminuye lentamente; luego se incrementa evitando que me mueva, o que me caiga, o que me asfixie al quedar colgada. Doy vueltas y vueltas. Siento la oscilación de los ojos cuando el cuerpo recobra el equilibrio. Ahora soy esta mata de pelo entre tus manos, la tercera esposa del emperador Claudio. No por los siete años de terror, por el fuego. Por la manera de arder una ciudad entera. Por la disolución de un animal en mí que va y viene. O mejor, dos animales de frente y de perfil que parecen extrañarse en una ausencia de trama cuando no estás.

Que me aprietes.

Más.

Me llevo la mano a la espalda para cruzar los dedos. Digo una mentira. Digo que no quiero tener una familia. Que no quiero acomodar tus calzoncillos en ningún cajón de ningún cuarto. Digo que no quiero ir y venir por eso que en mi cabeza se parece a una casa y rozarme con tus pies descalzos. Cruzo los dedos. Cuando pagás, con una mano cuento el dinero y con la otra (con el dedo que aprieta el gatillo, el que se clava en las costillas y el largo, el del corazón) hago cruces. Como tenazas, me agarro de las bisagras de la piel y te pregunto cuándo volvés, para no decirte que no quiero que te vayas.

Con los cincuenta y cuatro huesos de la mano que no tengo cansada, cuento, como los niños, así, con los dedos. Para que se mueva el tiempo, me muevo toda en una turbulencia de vísceras, de entrañas. Y voy hasta el ya siempre aquí del contorno de tu espalda. Las muescas a cada lado de la columna vertebral, los hoyuelos sacros. Y el diamante entre los hoyuelos, ahí donde se besaba en el aquelarre de las brujas. Los macedonios decían que si un cadáver se descompone, la columna se convierte en serpiente. Decían, y no cruzaban los dedos. Y mientras te chupo, para que veas que mi lengua es de verdad, extendiendo mi dedo del corazón hasta que se disipa en vos. Adentro.

Busco comida adentro de tu boca. Las mujeres tribales, tras destetar a sus crías, solían introducir el alimento sólido pasándolo con sus lenguas.

Cada vez.

Un instrumento donde se perpetúa la memoria de la posesión. ¿Qué se consigna en la escritura? Empiezo desde el principio.

Yo te poseo.

La prueba escrita, la posdata de lo que das mostrándome por dónde, cómo, por ahí; y yo descubriendo amando ahí qué es. Los labios vueltos hacia fuera al revés que los animales; suaves y llenos. El labio inferior más grueso, no más ancho, no para con nada. Las manos asumen la tarea del mordisco letal de los carnívoros sobre una hendidura más curva que vertical; dulce. Si voy más adentro con la mano, me encuentro con mi boca: esto es poseer.

Ahora ya no puedo parar. Desnudada del todo ante lo que se desplaza hasta abrirme. Hasta el músculo, su ligamento. Ocupar con esta mano mía que no es de carnicero. Porque las manos de carnicero son diferentes. Los dedos torcidos de tanto tocar carne congelada. Yo ocupo con esto de mí su cuerpo, de modo que no pueda haber ninguna otra cosa. Voy hasta los más adentros. No hace falta llevar la casa encima. Hacemos habitable cualquier lugar abandonado. Ahora, ya no podés parar. No hay una habitación retirada donde esté dispuesto un recipiente, un depósito, un pozo ciego. La taza de mi boca acá en el cuarto donde tengo miedo a la lentitud, a lo que va despacio como un calor o un fuego poco intenso donde las cosas se cuecen lentamente.

La calma de los domingos cuando no se trabaja. El por partes del desempleo barato. Y juntarme con los rompedores del barrio, ocupar fábricas. Romper vidrieras con las grillas de hierro dispuestas como cercos. Un asentamiento. El pozo, la boca, y ocupar. Poner casa.

Hagamos que pongo casa al borde de la niebla expelida de una vez. Mi dios es este baño incontinente de tu pelvis. Hago que ponemos una casa ahí. Me ocupás.

¿Hasta cuándo es todo el tiempo latiendo como tropa que no para? Hasta cuándo se forma en columnas esta guerrilla que entra embiste refriega. Hasta cuándo el alarido se muda en grito; y vos apostándote. La detente de tu pija en el silencio eléctrico de mis piernas. Si me inclino un poco más, me caigo. A veces saco la lengua sólo para cerciorarme, para saber si la tengo. Por las noches siento caricias intensas como apagones en el pubis, si las tiro de la cama, caigo yo también. Ahora tengo el pubis unido al cuerpo; a mí.

A mí, ¿qué es?

Te veo con los oídos.

Yo no sabía que lo único esencial es el uso.

Me deslomo. Porque el que no trabaja, no come.

Siempre disponible. Un buen operario hace de la máquina una extensión de sus brazos, trabaja sin pensar en el reloj y nunca tiene hambre. Hasta se le puede incorporar una especie de alarma que suene en la central de control cuando algo no funcione. Un buen operario se abre las caderas, arquea el cuerpo. Si escucha, no ve. No parpadea debajo del brillo de las luces. Usa frases, pero no la palabra yo. Si quiere hablar de sí mismo dice *En el sudor de tu frente comerás.*

¿Suda la sangre?

La tela con la que me envuelvo. Los seiscientos cincuenta años de una sábana donde hay sangre.

¿Me ves? Los vasos sanguíneos palpitan tanto como pulsan, y todas las venas palpitan porque están conectadas al corazón. Si apoyás los dedos sentís una manera de ser golpeados, una pausa como rumores que se extinguen, y otro golpe. Destruir

Saquear

Acabar

Cada vez que inclino la cabeza hacia un lado soy el animal que huele lo que está al ras del piso, enciendo y apago las luces, invento una casa que no habla en la lengua *Con dolor comerás de ella.*

AUN NO HAS VISTO LO QUE HAY DETRÁS

En la boca esos cabellos tienen gusto a mar

Marguerite Duras

Escuchá lo que ocurre acá adentro, cómo se precipita la sangre.

Para responder a la pregunta quién, no hace falta ver. Hay que nombrar cómo se expande de rápido, medir el intervalo entre las dilataciones del agujerear del pulso; su velocidad. Todo lo que en mí se excita. Entumecida por un casi miedo, por unos casi caballos atemorizados que responden a tu pregunta, quién.

Para hacer pis, no hace falta luz; yo sé el lugar de mi boca.

En la oscuridad, te escucho preguntar; ¿querés más?

Por el hueco de la ventana entra una lumbre como en las armas de chispas esa parte del rastrillo que hiere el pedernal.

Quiero más.

Me pongo a la luz para contar, cargar la mano.

Porque yo cobro.

No entiendo el tiempo. Para mí pasa raro. Irse, llegar, encontrarse; no entiendo. *Si te volvieras, vuélvete a mí.* Cuando miré al espejo del baño vi tu cara, vi la mitad de tu cuerpo estirándose hacia atrás, y la otra mitad, de la cintura para abajo, arrojándose hacia delante. Vi cómo hordas salvajes se ahincaban sobre los amasijos de carne hasta devorar el último trozo. Me sostuve de la canilla de la pileta mientras me mordía el brazo para no gritar: Atravesamos corredores lentos, más lentos; yo veía la aniquilación del universo entero.

Y cerró con carne en su lugar. Entonces supe que el cuerpo de un hombre podía ser más y más oscuro en el más y más adentro.

Cuando te vas, no me lavo. Huelo de los dedos ese lenguaje accesible sólo al tacto, porque no entiendo el tiempo. Pasa raro. El durar, ese pasar a estar en cierto sitio lo que se va de otro.

Me duele la hora que dice cuándo es suficiente esa cosa que se reparte, o se hace por turno. Cada vez que vos pagás de tu bolsillo esa cantidad necesaria, pagás por lo que ahí

me duele.

En la fábrica cada vez hay más instrumentos que liberan las manos, la oreja, el ojo. Como el cuchillo del diseccionador de entrañas las marcas de la producción hacen a la estirpe de los desmembrados.

Las negras se cuelgan cadenas, medallitas de la virgen María, la Desatanudos, el san Pantaleón. Entre boletos de colectivo guardan alguna estampita con las palabras de Ezequiel *y volverá la carne a subir por los huesos*. El diseccionador sabe que primero hay que pensar en los huesos y en los músculos y recién después cubrirlos con carne y con piel. Ezequiel durmió trescientos noventa días sobre el lado izquierdo atado con sogas, para que no pueda darse vuelta de un lado; no pregunta *¿terminó la guerra?* No pregunta, *¿terminó?* Si no hay guerra, si son las manos, las orejas y los ojos libres de la estirpe de los que se les pega la lengua al paladar para que sean mudos. Los comedores de peces no tienen labios, por eso no pueden hablar. Yo tengo faringe, pulmón y tráquea *abrí, pues, mi boca, y me hizo comer aquel rollo*.

Con esto que me pagás, ¿cómo lo querés?

Que grite

o que no

grite.

Yo no sabía que los hombres se ponen así.

No soy una niña que destroza su muñeca, oculta una oreja bajo la almohada; una niña que duerme en la soga de un mono con una cinta y una pata de caballo que exorciza y conjura durante toda la noche.

Yo no sabía que un hombre podía vaciarse. Que podía saciar el apetito de mi boca mis dedos y vaciarlo y no tener nada debajo de la almohada. El precio de uno o dos turnos.

Tienen trabajo y todavía se quejan. Estos negros de mierda no se conforman con nada.

Veinte músculos del pie de amortiguación, de soporte. Un dedo gordo menos acrobático alienado para agarrar. Una venda de cinco centímetros de ancho y trescientos de largo sobre los cuatro dedos doblándolos hacia atrás sobre sí mismos. Una venda enrollada alrededor del talón tirando los dedos hasta juntarlos. La ventaja social de la deformidad; lisiados.

No perder el tren, laburar hasta terminar con uno.

Conmigo.

Sacar los cuerpos uno a uno, desvestirlos, limpiarlos, arrojarlos al río.

Hoy supe que trabajás en un hospital de quemados. Algo ahí, se conserva. Alguien te dice ahí, ésta es mi familia, quemada en Auschwitz el martes 8 de diciembre de 1942 a las nueve de la mañana. Vos, para no escuchar el chisporroteo de la carne, para no ver a los horneros derramar el aceite, el metanol. Vos, para no imaginarte los silbidos, para no ver el reguero de sangre marcando el camino de los vehículos que transportaban fusilados.

Olor a quemado.

Vos, para comprobar que están vivos, en cada cama, cada sala. Después venís acá. Te sacás el guardapolvo blanco. No hay en el mundo cosa más impecable que la propia muerte. No es una ilusión lo que te vendo, es extirpar la corona y el labio menor, cortar los mayores; es la herida que se cierra por sí misma, que se adhiere. Este día a día del cirujeo compra para no ver. El fuego cruzado de lo que no tiene nombre. Si me encuentran el 8 de diciembre de 1942, cuelgan de mi cuello un sin nombre.

Te volvés a poner el delantal como el amén del límite de la lengua. Sólo borracho se puede aguantar este olor a quemado. Pagás para eso. Pagás bien.

Cómo se dice, hacé tus necesidades acá. Si cuando digo acá, digo mi boca.

Escribe su nombre en el billete con el que me paga. Pregunta en vano por el mío. Lo primero que aprendemos acá es saber manejar la repulsión. Para que ese movimiento violento del estómago se detenga en un nombre cualquiera, le invento: Annushka. A partir de ahora tengo que recordar que Annushka será el trapito con que se limpia lo impropio de su arcada. En este negocio se trata de eso, de extraviarse, de comerciar el cuerpo hasta perder el sentido.

¿Cómo podrá alguien hartar a éstos de pan, aquí en el desierto? Porque altercaban los unos con los otros diciendo: Pan no tenemos.

Con el dinero no funciona la lógica de la suciedad. Le devuelvo el billete, le pido que lo cambie por otro, que pague el tiempo que dura el uso de los ojos.

Porque la vida de toda carne es la sangre, quien la comiere será borrado.

No cualquier trozo de propiedad, no un brazo una pierna una ingle. Esa que al dar el cuerpo te da eso que se llama yo. Un yo brazo, yo pierna, yo esa sustancia desleída y cocida en leche.

Pedime todo lo que se te ocurra. Venís para eso, para no hacerte ninguna historia. Decime todo. Acá no tenés que fingir que soy alguien. Para vos. Fingir que olvidaste aquello que no se soporta. Todo el esfuerzo que hay que hacer para olvidar es el mismo que se hace para inventar una historia. Acá no. Acá es el fin del trabajo, de la reciprocidad. Es como sobar la masa de pan con los puños.

En la fábrica los contratos cada vez son por un período más limitado. Después de un tiempo se liquida. Lo que queda en pie es el puesto, el lugar; lo otro, eso que en la fábrica se llama negros de mierda, eso se liquida.

Y poniéndole las manos encima le preguntó si veía algo.

Esto es mi cuerpo.

La igualdad libertad fraternidad de cuerpos depositados. El intercambio: obediencia por protección. Un contrato es cuando las partes consienten voluntariamente. ¿Qué partes? Mis piernas. Tu miembro. La propiedad que tiene cada hombre sobre su persona. Mis piernas tu pija ¿Mías de quién? Consentir. Las partes. Sellar el contrato con un pedazo de piel. ¿De quién?

Las historias comienzan así, pactando no matar (se). Nos encontramos en la cruz de la carne. No nos resistimos. Qué cosa eso que nunca termina siendo mío sino sólo en ese instante en el que ya no tengo cuerpo y así, abierta, eso, como un acantilado que se incrementa cada vez en una pendiente más y más abrupta, me arranca del mundo. La cruz aporta un vigor híbrido, la superioridad en altura de las crías.

Si apareó un animal con otro de diferente especie recibe una pena, siempre y cuando introduzca el miembro del macho en la hembra con la mano, tal como un pincel en un tubo.

Una compresión. Una constricción en el cuello hecha sin ningún lazo. Se arrodilla, lo expande desde lo alto hasta mi cabeza. La lengua se apoya sobre la pared posterior de la garganta. Un estrechamiento.

No somos animales. Eso llamado hueso pánico en los perros se dilata de tal manera que impide la retirada del miembro hasta pasadas varias horas.

Los hombres que mueren bajo pena de estrangulamiento son separados por una tarima, para que no se vea la erección durante el proceso.

Se le acalambra las manos y debe cambiar de posición. La liturgia del una vez por todas, de que termine ahí. Desde la devoración por fieras, la inmersión en el agua, hasta el empalamiento, la ejecución de una letra capital que encuentre en mi lengua huellas dentarias. Me levanto de la cama, me dice que me mire al espejo.

Mi cara bañada de un él diluido, de un todo él animal en los encajes de las facciones.

Unge tus ojos con colirio para que veas.

Todos los nervios puestos uno tras otro tienen una longitud como de la tierra al sol. No como a la luna. Al sol. Ciento cincuenta millones de kilómetros. Esa víscera que es la piel en el animal se hace plumas, cuernos, pezuñas. En oraciones, en posturas y reverencias. De una vez. Cuarenta horas consecutivas de adoración, a cuatro patas apoyada sobre los antebrazos. O de rodillas con el cuerpo un poco hacia abajo y hacia delante. Como aquellos que todavía no eran fieles, ni peregrinaban hacia ninguna iglesia. Como esas que pedían más y más al pie de la cruz y hasta la resurrección. Esas que después leían *que le hay*. Porque había de una vez para recoger los últimos fragmentos, los vestigios. Levanto los ojos, te pido más. Antes de ejecutarte completamente te apretás algo, casi como ahorcándote. Orando en silencio te pregunto si aceptarías la injusticia. Pero no escuchás porque te tengo en la boca y me estás pagando.

Con lo que me queda. Con eso sólo que me queda y es cuerpo, pongo término a los contratos de mala muerte, el producido de una máquina que roba mis sonidos.

Le contaron y dijeron: Hemos ido más lejos.

Había un cuarto oscuro donde encendían apenas una luz enrojecida. Pasaban unas tiras de cierto papel por un líquido. Luego las tendían como ropa sobre una cuerda para que se secaran. Cerraban la puerta. Encendían otra luz sobre la puerta para que nadie entrara. Así revelaban las fotos antes de las máquinas. Algo se hacía visible. Voy a pasarme entera por un balde para que se me vea. Será por eso que se las llamará mujeres encinta, porque cuelgan de una soga. Inútil remojar cada parte, nada se revela. No hay hijo aquí.

Cuando te despertás en medio de la noche en ese lugar que es una cama que es una habitación que es una casa. Cuando te despertás y te tocás entre las piernas, erizado. Cuando encendés la luz y es la hora cero hacia el este y hacia el oeste y no hay otra parte, ¿me pensás?

¿O acaso cuando contás el dinero para saber si te alcanza para venir
y verme?

Agotar lo posible hasta los huesos. Hasta ya ni siquiera hueso. Acabar con lo posible para acabar otra vez. Colmar el vientre insaciable de cuerpos sin nombre. El 8, 7, 12 de la marca en la muñeca el antebrazo. El desinfectorio con aberturas a las que se les pone una red para impedir que se tiren.

Comido bebido puesto sobre mi cuerpo, usado.

Los salpicados serán tu salario.

El ojo rudimentario, el oído rudimentario de la máquina puesta a nombre de otro. Deshacerse de la propiedad para gastar la última palabra en ese rendir cuentas de lo desmantelado. La saturación industrial.

Hay música de fondo todo el día porque si no los negros de mierda se pasan escuchando cumbia o hablando entre ellos. Una vez por semana se turnan para limpiar los baños. Las mujeres, el de las mujeres; los hombres, el de hombres. Cuando se cumple la semana no se puede ni pasar delante de la puerta por el olor a orín que se desprende del piso las paredes. Para no escuchar la música gringa todo el día, la hora del almuerzo la pasan en el baño. Abren la vianda sobre un papel de diario que también les sirve para limpiarse el culo.

¿Creías que éramos sucios?

La latitud no es una propiedad de la forma, sino del sujeto que la recibe. Me das dinero yo te cojo, o me das tus deseos y te los inscribo en el cuerpo. En el tuyo. Para eso pagás. Pero la latitud no es una propiedad de la forma y yo con ese ni siquiera hueso trazo una figura geométrica dentro de otra de modo que tenga todos sus vértices en ésta. Como escribir algo, o el nombre de alguien, en un registro. Así, al grabarlo con el granulado óseo de un injerto de vaca, me hago unas piernas una boca. Curtidos, colgaduras.

Hay gente que no se deja. O sea que no se rinde. O sea que cree que la rebeldía no es cosa de lengua. Que no se nació ahora, que escuchar un gatillo desde las montañas del sureste mexicano quiere decir que no los quieren indios, que muertos los quieren.

Haceles firmar un papel cada vez que te pidan plata a cuenta. A estos negros de mierda nunca les alcanza. Después te reclaman, niegan la cantidad que les das.

Y como la rebeldía no es cosa de lengua siento que algo se destraba. Un desajuste donde la mandíbula se cae, lo de adentro se suelta y mira, me dice: Mirá.

Con el latido acelerado de atravesar el Sahara escondida en un camión para llegar hasta Argel. Una kurda perdida en el Adriático; porque todos los que se pierden en el Adriático son kurdos que vienen de Irak. Uno de los treinta y dos náufragos adosados al flotador que, por tener demasiado peso se despega del bote, y cae. Después de venir del otro lado del Cáucaso, del Magreb. Después de ser las familias enteras durmiendo en una habitación en edificios vacíos, en casas hechas con pedazos de plástico, con cartones, con celofán o elásticos de cama.

Y cuando morare algún extranjero contigo en vuestra tierra no lo engaños.

Con este olor gomoso a basura que se te pega. Este olor del Riachuelo que explota como aire comprimido de una máquina que me da en la cara. Directo en la cara, destraba la mandíbula mientras vos acomodándotela en el pantalón. Un movimiento de tomarla con la mano inclinándote el vientre hacia adentro y dejándola ahí. Todavía húmeda. Todavía tan llena. Tirante todavía, alzado como si se remangara un puño y empujara algo
en
él
todavía.

No saltan. No vuelan. Usan las tenazas para moverse entre el vello del pubis como los cangrejos. También se pueden encontrar en las cejas, las pestañas, o los pelos de las piernas, o de los brazos, o las axilas. Se alimentan de sangre.

Estos negros no aprenden más, mientras cosen apoyan el pellejo de la vaca sobre el vientre. Si digo pellejo, quiero decir cuero. Después se rascan y rascan porque la hembra anida cada cinco días. La ladilla perfora con la boca y se alimenta de la sangre de esa zona que es la pelvis. Se diría que están con la costumbre de las mujeres de tanto frotarse y frotarse sobre la silla, rascarse hasta sangrar. El piojo de la cabeza no es el piojo del pubis, se alimenta de piel.

Comieron allí sobre el túmulo.

Los operarios, como los lagartos o las arañas, se desprenden de algo como si fueran perros muertos esas entrepiernas picando con bichos raros. Como pájaros que sueltan sus plumas mientras caminan, algo se les desata bajo la mirada depredadora del que selecciona.

No te muerdo las pestañas para reconocerte. Yo te elijo porque vos pagás. Pongo el oído sobre la madera carnosa de tus vellos y escucho un ruido como una guillotina de cortar papel. Tu pene así, como los bordes de los libros. Me acerco más y más y escucho. El metro es una longitud de medida calculada para el cuadrante del meridiano terrestre que pasa por París. Es una medida de versos. Escucho cómo corta la máquina el borde de un volumen de seis caras. Un hexaedro. Yo no sabía que el litro es una capacidad equivalente a un decímetro cúbico. Vos, un litro. Mientras escucho la turba de

Este

es

mi

cuerpo

que no para con nada con nada para.

Me rasuré los pelos del pubis. Ahora podrás ultrajar a una niña. Cuento los días para que creas que estoy sangrando. Vi, cuando cruzabas el pasillo, cómo mirabas a las chicas de la fábrica. La cintura, el culito moviéndose en un jean gastado. Vení, fijate cómo sangra mi vientre liso, terso, bien afeitadito.

Si todo el cuerpo fuese ojos ¿dónde estaría el oído?

A estos cabecitas hay que marcarles por dónde tienen que coser los cortes, enumerarles los detalles. Si los dejás solos lo único que hacen es sacar desperdicios. En los primeros planos, las manos responden al aquí estamos somos la dignidad rebelde el corazón olvidado de la patria. El amontonamiento del hierro, de tanta máquina, tanto espesor de puertas blindadas descabeza la espera militante. Los soldados de las manos desenfilan. Se mojan la cara, se pasan un perfume barato por el pelo.

Si todo fuese el oído ¿dónde estaría el olfato?

Después de lavarte la sangre de la niña, pedís una colonia para que se te despegue el olor.

Quince chicos huyendo hacia un refugio. Antes de matarlos, hacés bajar a la niña del micro. La seducís.

Cogela.

Vos pagás por

miedo miedo miedo

Eso grueso agarrado entre el pulgar y el resto de la mano; sobre el pantalón. El guión de abajo, y de arriba. Eso que los indios usaban como moneda y que comían y bebían. Eso al sur del lago de Maracaibo. Eso que las tropas aliadas cuatro mil años después llevaban en las mochilas.

En la fábrica los negros de mierda se limpian con saliva el cemento pegoteado entre los dedos.

¿Quién da de comer a quién?

Tragados, en este suburbio con olor a fósforo. Olor a combustible. A cerilla. A algo que explotó o que todavía está por arder. Tragados detrás de cada portón, de cada persiana donde los que terminan su turno escriben con aerosol, Mataron a Tupac pero nos comimos a Solís. Tragados como si nunca hubieran existido. Si vienen los inspectores municipales muchos tienen que salir corriendo por la puerta de atrás, porque esos muchos no están anotados en los libros. Y anotar cómo, si tienen un cuerpo destruido.

Mostrarte todo.

¿Estoy desnuda en el adentro de la boca? Ahí un siglo sin sacarla. Una vez que acabás. Todavía persistente. Aún, a todas éstas. Vos ahí cuando no te detenés porque no parás con nada con nada parás y tocás el fondo agotando todo lo posible. Una serie motriz como ese roce de engranajes que escucho de las máquinas. El canon de hierro que crece y decrece crece y decrece. Un siglo sosteniéndola como recurso último de libertad. *Habeas corpus*. Yo desnuda adentro de la boca. Vos, *que tengas el cuerpo*. Un habeas corpus de un siglo en la persistencia erecta todavía ahí, tan en la desnudez de la boca que agota lo posible de un grito

tragado.

Toma entre los dedos la punta de mi pezón apretando y retorciendo.

Él te servirá a ti de boca y tú le servirás a él.

¿Ves?

Yo miré y vi. Un bajorrelieve de bronce de una mujer arrodillada con las manos tendidas como en súplica. Vi una vibración espesa, un cielo gris más allá de las ventanas más pequeñas para achicar más el vacío. Vi el vértigo horizontal, la densidad de los movimientos en la posesión del alma. Como una intoxicación que me da cuerda y cuerda juego a quién se mete más arena en la boca. Un pueblo armado de fusiles y de palabra. Hicimos una fogata en el centro del cuarto para incinerarnos y llevarnos muertos a nosotros mismos. Yo estoy en la primera fila de piquetes y barricadas cerrando el acceso a la calle con un cartel que dice la patria vive y es nuestra. Y cuanto más me apuntás, siento aún más la propulsión del balazo. Hay ya muchas luces y todas son primeras. Te miro y marco los alrededores del cuadro. Sin cuerpo no hay espectáculo. Tarde o temprano la escena inerte de los cabecita negra infectan los pozos de agua.

Una mezcla de azul y rojo, una moradura en la piel. El látigo de los besos. Cuando se hacen los controles de sanidad, ellas pierden un día de trabajo, las conectan a un monitor, les dicen: mirá tu bebito; porque sin cuerpo no hay espectáculo. Por eso yo te cobro, para apagar todas las pantallas, para poner verdad en lo falso.

La cámara permite situar una imagen en la película. La lente recibe la luz de la escena, y la enfoca. El obturador y el diafragma vigilan la cantidad de luz.

Es la exposición.

En la fábrica hay cámaras encendidas durante todo el día. Se controla cuando los negros entran, cuando salen; cada gesto reducido en las tareas. Como si se observara a través de un agujero ovejas, corderos y siervos. Se percibe la amenaza del Mejor váyanse a su casa hoy, porque sino mañana los echaremos nosotros.

Tuve miedo porque estoy desnudo y me escondí.

El torno, el cilindro que arrolla una cuerda que arrastra el peso que quiere elevar.

Trastornar. Cobro para que las cosas me queden como antes de haber sido hechas. Separadas en distintas partes las cosas mías como se deshace una res. Desvivirse, es decir morir; es decir desearte.

Transforma toda la ofrenda en humo.

Subida al torno, a la hamaca de tu sexo que tira la cuerda que agita para atrás para adelante. Quitarme, dando o vendiendo de mí una cosa. Como una nube que se deshace hacia adentro, la costura se abre más cuanto más quemás la corriente de aire que es a la vez efecto y estímulo de la combustión.

Un manjar abrasado de calmante aroma.

Tira del cable de la laringe, con una vibración alta pulsa el hilo de la voz. La cinta que se descorre garabatea imágenes para la ceguera de la piel que no se ve por dentro. Hasta ahí de lo trastornado, lo mezclado. Esta chuchería que queda en el lugar donde la garganta dice yo.

Cuando llenan papeles, anotan otra dirección. No escriben, Villa 26, la casa detrás de la montaña de cartones, de chatarra. Se inventan hasta los documentos. Si les preguntás a las villeras por el estado civil el desprecio de sus ojos te dice, nos quieren quitar la historia para que en el olvido se muera nuestra palabra. Entonces no te contestan. Vos les volvés a preguntar, casada o soltera. Porque si es casada después te salen con licencia por embarazo, lactancia y no sé cuánta mierda. Entonces les volvés a preguntar y no te contestan: por trabajar nos matan, por vivir nos matan, por luchar nos matarán. No las contrates. Dales alguna changa. Nacen acá por un rato y después se van a buscar algo efectivo a otro lugar.

¿Qué son tuyos?

Se desplomó sobre su cuello y lo besó. Y lloraron.

No pude alzar los ojos porque en movimientos verticales y horizontales sus manos diseminaban cristalitas de hielo. Una nube. Vapor liberado de las rocas. Dejé de mover los pies, quedate quieta, así, sentada, para que te pueda colar el encaje de pliegos, la serie de pliegos puestos uno dentro de otro.

Pagás para no consentir, no acordar, no asentir.

Me guardo el dinero en una cajita.

Si te digo hasta mañana. Mañana vuelve a ser hoy. Tanto dinero por el turno de hoy.

Hoy.

Hoy.

Hoy.

Cubro por vez.

Por cada vez.

Hoy es cada vez.

No llares amor a esto.

Para asegurarse el nombre de eso que se extiende cerca de las tripas y crece. Para que eso que crece tenga la cualidad de cierto, de evidencia. Para que al acariciar una panza preñada, la piel que se estira muestre, sin ningún lugar a dudas, lo que no se ve a una legua. Y no se ve porque está adentro y adentro quién sabe. Antes de decir; hijo. O para poder decirse; mi hijo. Un día él inventó esa cosa, punto por punto.

No llares a esto amor. Acá no se cuenta la crónica de ningún linaje. Como fotogramas de una película, un continuo de imágenes dan la impresión de cobrar vida cuando pasan en la velocidad adecuada. Yo no sabía que los hombres se ponen así, que cuando empiezan un fotograma congelado una instantánea no paran con nada.

Yo no sabía que la inmovilidad hace visible las cosas. Que para ver a tu hijo tuviste que parar y parar; darle un nombre a eso.

¿Te falta el aire?

Esta no es ninguna obra escrita para ser representada. El teatro soy yo que me paro en la cornisa mientras la multitud aúlla; saltá, saltá. Y vos que no buscás en el más adentro de mis ojos; te vaciás. Y yo no me detengo

y salto.

Dicen que para demostrar que no tenía miedo se puso un carbón encendido en la boca. Se acercó al brasero, tomó el carboncillo con una especie de pinza y lo apoyó sobre la lengua.

Se quemó.

Se trataba de nombrarlo todo, de convertir los hechos en palabras. Se trataba de contar diez trabajadores ilegales, cuarenta legales. Se trataba de decir: haz esto, porque *quien carece de dirección cae como hoja muerta*. A los ilegales no les daba los barbijos cuando manipulaban la máquina de raspar. Cuarenta legales quiere decir cuarenta que tienen nombre y ocupación; cuarenta trabajadores en relación de dependencia. Los llaman así, aunque a él todavía le arda la lengua.

No muevo la cabeza de tus manos tirando de los pelos. Hay un tigre despedazando a su domador en las rayitas medio verdes de mis ojos. Los cierro, siento la bala que se mete en la cabeza. Hago como que detengo el recorrido, que no me atraviesa de un lado a otro;

simulo que no te despedacé
que no me morí.

Te cobro sin abrir la boca. No se puede hablar con la lengua quemada.

Y salida de su casa, ella podía ir y ser de otro.

Levanto los brazos como si fuera a descolgar ropa tendida. Su cuerpo mojado sacudiéndose al sol. No soy una cualquiera. Los esclavos son aquella propiedad singular, ese ladrido de perros separados de la jauría como exhortación a los cazadores. Esta es la escena, él la revolea, la tira por el suelo, la hace carne. Él sierra por la mitad a la señorita que lo asiste. Yo adentro de la caja siento un ir y venir de eso filoso con olor a ropa tendida al sol. Lo que no para con nada con nada para es este devenir de una correa sin fin manejada a mano.

La señorita adentro de la caja no es una cualquiera, es la que no puede hacer esto, ni hacer aquello. Es la que no tiene nada en común con el resto más que esta deuda de salir entera cada vez. El espectáculo se paga cuando el público aplaude.

Ellos no sabían que se podía ocupar una fábrica. Levantaron una carpa verde, como de circo, en el portón de entrada. Hicieron un corte en la ruta, quemaron gomas. Estos cabecitas negra no sabían que se podía ocupar, resistir, tomar.

Si me quedo y no salgo de la caja creerán que soy una muñeca. O que estoy hecho trizas.

Cuando él se queja del precio que tiene que pagar; ella se desnuda
se pone
boca abajo
en el piso.

Yo no sabía que en Kandahar observan las cinco oraciones constantemente, que las observan regularmente y sin distraerse, que las observan adorando porque llevan el nombre de los que se someten. Entre el alba y la salida del sol. Desde que el sol está en el cielo en forma vertical a la tierra. Desde el momento en que las sombras de los objetos son iguales a los mismos, hasta la puesta del sol. Tras la puesta de sol. Desde la desaparición del crepúsculo hasta que se anuncia el alba. Una incesante renovación de esto que nos une y me corta la respiración. Porque levanto la cabeza y veo y escucho que todo sigue ahí menos esa función de aspirar y expulsar el aire. Parece que yo no estoy ahí donde veo o escucho. O eso que ve y escucha está ahí pero yo dejé de respirar. Cinco veces por día. No hago más que esperar el momento en que la tenga durante veinte minutos en la boca.

Tomar la fábrica. Engañar al portero diciendo que nos olvidamos cosas adentro. Aunque haya policías en la puerta. Cuando abran, pondremos el pie. Nos meteremos. Y no nos sacarán más.

Antes de ser repatriados los hambreados tienen que identificarse. Se les alquila un avión. Dos mil senegaleses son devueltos a Dakar esposados con ataduras de plástico, una muda limpia y algo de dinero. Viajan custodiados.

¿Cómo habrá quedado adentro? Eso que arde, se deforma. Eso que al arder hace ruido. Por suerte trabajás en un hospital de quemados y sabés que la mucha distancia que deja la tierra es para enterrar a los muertos. Que ese surco es la manera de hacerse dueño y afincarse en ella. Te arranco la camisa y hago rapidito porque se oye un timbre ahí afuera.

¡Si tan sólo me escuchases! Deja que te pague el precio del terreno, acéptalo de mi parte. Así podré enterrar allí a mi difunta.

Yo no sabía que la verdad en la vida se dice en los actos.

Me ató por detrás, de piernas y manos.

Cuando estaba al borde de mis fuerzas, sedienta y agotada, me dejé caer. Unos que pasaban por el lugar al ver animales de carroña que revoloteaban, se acercaron y me encontraron muerta; eso tuyo aún con vida se amamantaba de mis pechos. Por eso las cabecitas negra elevan oraciones fervientes, para que les nutra sus pechos escuálidos.

Todo aquello que estaba dentro de sus límites les fue transferido en propiedad como parcela de sepultura.

Aún muerto, te seguiré mamando.

De tanto manipular sustancias tóxicas, el cuerpo pierde la habilidad de notar la diferencia de partículas extrañas entre las propias células. Crea anticuerpos contra sí mismo.

Trescientos kilómetros de vallas metálicas con sensores de temperatura y de movimiento. Radares que detectan personas a una distancia de catorce kilómetros.

Una agitación. La fiebre que me lleva a irme a pique por la resquebrajadura. Un espasmo tras otro, no para parar, sino para acelerar. Dos bocas, una para chupar y otra para gritar. Como si algo estuviera naciendo de mí. Te tengo hasta las vísceras. Dejo de respirar. Un muro fronterizo de mil doscientos kilómetros todo inmóvil.

Antes de irte me das un pedazo de papel higiénico todo doblado para que me limpie.

No quiero que me entierren en la arena para ocultarme de los ojos de los turcos.

La llaga como icono en los tejidos. El ayuno de los ojos que deviene visión; ese despliegue para la videoscopía de la carne. Como las pinturas religiosas en iglesias orientales cuyos personajes más grandes o más pequeños se hacen sobre tablas, sin relieve. Como si pintara La dormición, toda plana recostada diciéndote que la herida se cura con saliva de perro, con una lamida de perro sobre lo abierto.

No accedo a que me entierren en la arena y me oculten. Quiero que digas que no podés vivir sin mí.

Pasame la lengua y fijate bien lo que podés hacer conmigo.

No derramen sangre. Arrójenlo en ese pozo que se encuentra en el desierto, pero no le hagan nada.

Los voy a dejar pastorear a estos negros de mierda. Ya van a volver con la capa caída, si no pueden vivir sin laburar.

Y lo tomaron y lo arrojaron al pozo. Pero el pozo se encontraba vacío, sin agua.

Pies, manos, nervios, tocar, golpear. Lo que me podés hacer. Un plano que alude a la ilusión del más adentro.

Prestarme a no vivir

sin vos.

Cada vez más sumido, más abajo. Como si quisiera deshacer el anillo de su pene en la garganta; diseminándose, desapareciendo. Dame palabras para describir mejor este perfume a menta, a cítricos, a frutas frescas. Porque me tardan las palabras. Busco atrás, me desespero, no encuentro la forma de decirte. Entonces abro la boca pronuncio: jade; no una piedra, el semen seco que creían que provenía de un dragón celestial. Se dice sesiones a esos encuentros donde uno paga para que le saquen fotos. Te dibujo con luz. Grabo imágenes sobre una superficie sensible a la luz. Tus manos agarrando la mía, llevándola a moverla hacia atrás hacia delante. Y el anillo. El anillo iridiscente convirtiéndose en líquido. Hierro colado. Pongo la cámara a la altura de la boca para que veas cómo no habla. Para que veas cómo te vacía la metalurgia hambrienta de palabras. Me pagás, me decís desde cuándo me gusta tanto, me decís que quisieras tener más de ese líquido fundido de un ejército de doscientos a cuatrocientos millones de hijos tuyos tragándomelos.

Para que no se escapen
las palabras
o los negros de mierda
deberíamos atarlos con sogas

a las máquinas.

Dajala es el mejor puerto para salir desde Marruecos hacia Canarias. La sexta ola fue la peor y volcó la embarcación. Seis náufragos alcanzaron la costa. Los otros seis no sabían nadar y murieron. El pan hace las veces de cubiertos. Comen con la mano derecha, la izquierda la usan como si fuera papel para limpiarse en el baño con agua.

¿Te duele?

No ser sino este punto que no para con nada con nada para, y ve. Esa es la ficción de saber.

Haced en este valle fosos y más fosos.

El voltaje de las manos en la cadera, sobre los glúteos. Me pongo de espaldas. Vos me tomás de los brazos, los llevás hacia atrás. Me doblo como los indios de los Andes, los gitanos en un mercado. Las manos atrás como si tuviera unas pulseras de acero unidas entre sí por una cadena con la que se sujetan a los presos para que separe la cadera y la traiga más arriba. Me preguntás si me duele.

Yo no sabía que los hombres se ponen así.

Si fuera hombre eyacularía durante toda la noche y me quedaría dormido así. Para afirmar a cada instante que estoy vivo volcaría la embarcación en la que voy, me ahogaría.

Los títeres a diferencia de los actores pueden sacarse la cabeza. O volar por el aire.

La mano mía sobre tu pie. Empujando. Te saco la media. Tu pie desnudo. Del talón. Mi cuerpo mucho más abajo de ninguna almohada. Vos, de tal manera que tu pie llega a mi entrepierna. De costado, pero no cara a cara. Mi cabeza a la altura de tu vientre. Yo toda debajo de tu pierna que está de costado.

Las vasijas que se encontraron en Roma no tenían dibujado la boca quieta y él apretándolo contra el fondo, tendiendo a moverlo. En las vasijas no impulsaba su peso sobre ella. Él, de lleno. Completamente. Su mucha cantidad o su mucho número irrumpen. Yo no sabía que el cuerpo sirve para hacerte callar. Arrinconada. Hacia la pared. Perpendicularmente como un muñeco al que se mueve con cuerdas o metiendo la mano dentro de él.

Uso el lenguaje del hospital, te digo, ochenta por ciento del cuerpo comprometido, para que entiendas hasta dónde me podría sacar la cabeza o volar por el aire.

Sabiendo que la descendencia no será suya, cada vez que cohabitaba desperdiciaba su semen en el piso.

Yo aprovecho hasta la última gota. Lo aprendí del galpón que tiene un depósito donde se acumula la materia sobrante.

La dramaturgia de los pases de lista, los uniformes, los comunicados. Desmenuzaron y destruyeron los cuerpos de miles de hombres y mujeres. Llevaban armas ligeras y pesadas que corrían peligro de estallar en las nalgas y en los muslos. La única forma era no hacerse notar. Por las noches, no caminar ni demasiado rápido, ni demasiado lento. No mirarlos a los ojos directamente. El patrón llamaba a esos otros negros, guerrilleros de mierda.

*Tienen boca, y no hablan; ojos tienen, y no ven
tienen orejas, y no oyen; narices tienen, y no huelen;
tienen manos, y no palpan; pies tienen, y no andan,
ni hablan con su garganta*

Miro hacia la pared. La luz está encendida. Me siento sobre vos sobre la silla. Miro a la pared en la sombra que se agiganta, tus manos más enormes buscan desde atrás mis pechos. Grito, te pido por favor. Te digo que por favor me llenes de tu nombre. Si me encuentran en una zanja, llevaré tu marca. El registro de esto que soy en una cámara de frío, por fin identificado. Hacerlo tan adentro, abríme tanto, que me cueste caminar. Que se note. Única forma de no ser declarada desconocida, anónima, despojada de esto último que queda. Por favor, te digo, como si te pidiese que algo estallara entre las nalgas, los muslos.

Una muerte civil.

Digo la palabra varias veces para acostumbrarme a su sonido.

Así que

es eso.

Hacer el rastillaje y encontrar a los despiezados. Guardarlos en los ojos, en los oídos. Me acuesto a tus pies. Me consumo hasta la extenuación para verlos desaparecer. Si recorren el país, una y otra vez durante treinta años buscándome, no los reconoceré. Por eso yo te cobro después. Antes de bajarte los pantalones pienso, quizás vino con una foto. Quizás sabe que no me tiraron al río.

Dejá de dar vueltas y vueltas en la plaza. No pares con nada y vení a buscarme. Sacate ese pañuelo de la cabeza. Me asustás. Hay un ruido de sirenas y no apagan ningún incendio, se acercarán para llevarse a alguien.

Puedo contar todos mis huesos; entre tanto ellos me miran, me consideran. Reparten entre sí mis vestidos, y acerca de mi ropa echan suertes.

Primero siento los ojos raspados; después, todo el cuerpo. Como si yo lo fuera lijando de a poco y quedara cada vez menos. Más finito. Me adelgazo para que el odio no tenga un lugar. Voy a detenerme hasta hacerlo desaparecer.

Secóse como un tiesto mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar.

Trago mi propia saliva sólo para contenerme. Te pido que me empujes la cara hacia atrás; de otra forma no aguantaría. Me alejás, y ya no resisto; trago mi propia saliva. Entonces vos ya no parás con nada. Voy rápido hacia el baño, no para limpiarme; para sacarme una foto. La colgaré en esos centros de búsqueda de aparecidos con vida para que sepan dónde estoy.

Disponerme a cumplir no como los niños de Praga, de quienes se estatúa “retorno indeseable”, quienes vivían en estado de desaparición. No como las granjas o criaderos de niños en Sri Lanka. No como los que aparecieron abandonados en el orfanato Villa Fátima de La Paz, o en las calles de Valparaíso. Un centro de reclusión en el momento del parto.

¿Habrá algún plazo para que me encuentren?

Acumularon cemento para taparlo todo.

*Clamo de día, y no oyes;
y de noche, y no hay para mí silencio.*

No tengo que fingir que quiero un hijo cuando te digo que me cojas hasta preñarme como la hembra de cualquier mamífero que ha concebido. Preñada, llena como un muro abombado. Te veo desnudo, y me das color. Colocados de cierta forma, aplicados sobre vos como insignia, tu piel blanca va tomando la luz que le da la sangre, baja por poblaciones montañosas sin parar con un oxígeno enrarecido; no desmiente, no rectifica. No dice en el rosado de tu piel: no es así, no es eso, no es cierto. Sin contradicciones. Yo te digo, preñame. Vos, no fingís que me querés como una madrecita, me das la pija que me dice, te voy a hacer un hijo.

El examen de los huesos pudo determinar que ella había dado a luz.

Eso se ve; sólo hay que mirar. La cadencia de la máquina hace que no puedan interrumpir un instante el trabajo. Interrumpir como recordar, o pensar, o soñar despiertos. Si no producen se los expulsa. Antes, deshacete de todo, así no tendrás nada para pagarles a estos negros de mierda cuando los echás.

Ellos no me robaron.

Había una tumba con las ropas de la que había parido para simular su muerte con el fin de que nadie la buscara. La que nació, nacía ya desaparecida. Todavía respiro yeso en polvo.

¿Pero ellos no me robaron, no?

Soñás que estoy con cuatro hombres, que me asedian.

Al ingresar en sus entrañas, al ver sus vientres, no podría decirse que llegaron a sus entrañas, pues su aspecto seguía siendo tan malo como al principio. Y me desperté.

Esto es justicia; no hay nada más que dos piernas, dos pechos, un pubis. Llevo una letra que es un signo que es una marca en los labios para los apropiadores, los que acopian cuerpo tras cuerpo. Me reparto entre los hombres de tu sueño: vos niño en el patio de tu colegio, diciéndome, vení que te la muestro. Vos, representando Equus en un teatro del barrio, y yo el caballo. Vos en un micro atravesando rutas brasileras, yo sentada ahí al lado tuyo medio dormida, me despierto y comienzo a besarte, no aguanto más y me deslizo con besos más y más hambrientos. Vos ese chico asustado que sale corriendo, yo la desaparecida a quien no encuentran. Yo en tu sueño y vos, yo no sabía que te gustaba tanto tenerme en la boca.

Oscurecer todo. Encapuchado; como si fueran los labios, o la lengua. Se llamaba también chupar. Camionetas verdes, del otro lado de la Lugones. Pero se los podía enviar más lejos. Se trataba del efecto ardiente del calor. Llamas; silbando, crepitando. De día, se dedicaban a rellenar la zona.

Los jueves, con un pañal de sus hijos en la cabeza rocían el aire para que tropecemos con esos olores. El abono, el alquitrán del camino, el pasto recién cortado del campo de deportes al fondo de la Escuela.

No hables.

Sacame una foto lamiéndote; una escena que no pare con nada con nada pare. Algo que sea vestigio de esto que nos consume para una mirada que no entendería palabras. Algo que nos haga retornar, una y otra vez.

¿No ves? Ahora la imaginación ya no puede parar.

Vacío las palabras. Las hago sobras.

Y si cundiere mucho en la piel, lo declarará inmundo; llaga es.

La capucha de la mano que presiona contra la cara.

¿Pueden salir de ahí los que son entrados?

Un vacío alrededor de la piel. Lo que se arroja de cabeza y se acelera en el derrumbadero del coxis. La subida a la pendiente lechosa. Hacia el río. Una masa de cemento mezclado con agua para argamasa. La masa a la que se reduce los trapos para fabricar papel. Obedecen, entienden las reglas: persistir por la avería. Hacer de la pampa árida un cementerio ribereño. El grupo de tareas de la Escuela Mecánica juega a hacer hablar a esas putas que están por parir. Antes de que tengan la garganta reseca, cuando todavía les queme el polvo de la cal. Porque los cuerpos que se reducen a trapos para hacer avioncitos de papel cayéndose al río no hablan.

Contengo la respiración.

Sepárame las piernas, tirá. Palabra por palabra.

No es sangre lo que vierte,

leche.

Yo espero siempre una señal. Me digo, está de viaje.

Va a volver.

Va a volver

Va a volver.

Porque la gente no desaparece así como así. ¿De qué lado tengo la cabeza? Me sostengo del colchón para no caerme a pesar de que sé que estoy en el suelo. Atados de pies y manos, nos sientan al borde de un pozo recién cavado. Tabicados, quiero decir vendados, nos dan a oler un líquido, preguntan si sabemos que es solvente. Antes de disparar. Antes de caer fusilados al pozo, hacen el simulacro de quemarnos.

No los busques.

Efectivamente

esto ocurrió.

No me tengas miedo. Me nacen huesos en cualquier parte del cuerpo; en los tendones, los músculos. Tengo un cuerpo que se va convirtiendo en huesos para encajonarme porque hubiese deseado que me hubieran llevado a mí también.

Yo no sabía que los hombres cuando empiezan. Pagás para que no vea aquello de lo que sos capaz. Pagás; me decís, no me tengas miedo. Las dimensiones visuales no están determinadas por las distancias; por los ángulos. Miro a través, no con un ojo inmóvil, fijo, sino con dos ojos en constante movimiento, y lo que veo se me proyecta sobre una superficie cóncava. Tengo miedo de ahogarme en el mar o en la pileta. Cuando me siento al borde, me desaparecen los pies. Por eso abro las piernas, las enrosco a cada lado de la tuya, las trabo ahí. Fricciono hasta que me tiran los músculos, los tendones; hasta deshacer los huesos. Me trago de a poquito este olor que flota y marea. Le pagás a la perra que se frota sobre tu pierna. Le acariciás la cabeza le decís

no me tengas miedo.

El clamor de las sangres me demanda desde la tierra.

El lugar existe antes que los cuerpos, por eso es necesario describirlo antes que ellos.

Pequeños ventiluces en celdas pequeñas llamadas camarotes, dan a un patio. El patio está interrumpido de a tramos por vigas de hierro. Un piso de alisado de cemento. Obligan a los pacientes a permanecer en sus camas y les tapan las caras con las sábanas. Al que se quieren llevar, lo cubren con la misma sábana, lo suben a una camilla para meterlo después en una ambulancia.

¿Ves? El espacio parece alimentarse de las cosas. Las líneas del suelo dan la impresión de ascender y las del techo, descienden. La perspectiva ofrece a la luz la posibilidad de extenderse en el espacio y diluir los cuerpos. Una construcción de un espacio sin límite que en su acrobacia no pudiera parar; instalara un siempre delante o detrás, aquí o allá, cuerpos y no cuerpos.

Quizás no puedan caminar porque las plantas de los pies quedaban quemadas, se formaban capas de piel dura que luego se desprendía. Y como no podían caminar dejaron abiertos los párpados de los muertos. Los párpados que no se pudieron cerrar se enfriaron con unos ojos que ya no ven la soga con la que se los ata en el helicóptero, y desde arriba los suben, los bajan.

Esposados al elástico metálico de la cama. Eso también se llama sesiones.

Si alguien te buscara. ¿Vos creés que te iba a buscar aquí?

Ajusto la boca.

No para cantar en un interrogatorio que no realiza ninguna pregunta. Para sentir un gemido como si fuese el vínculo de un parto interminable. Por el vientre.

Ajusto la boca para que no desaparezcas, para no dejarte ir. Porque en mi vientre todo se pierde y no puedo pasearme como las matronas las enlutadas, como un soldado cubierto de cicatrices.

Si levantarás la vista verías que ese mucho ruido viene de los extractores de aire que están en el techo. Lo apago. De todas formas, yo ajusto la boca; acá nadie va a gritar.

El que mira demasiado habla sin motivo de lo que ve.

¿Cómo podremos justificarnos?

Hubo un silencio que no se agarró a la garganta. No estaban en África. Las parteras o las comadronas no les habían cortado la malla de la lengua con una navaja de afeitar. O con la uña. O pasándoles el dedo.

Un lugar de reunión de detenidos que no es una cárcel.

No te des vuelta.

Contaban cuántos escalones debían subir, bajar; a cuántos pasos doblar. Calculaban la velocidad con la que giraba el vehículo que los trasladaba. Sentados en el piso sin apoyarse a la pared durante meses. Los introducían dentro de un tanque lleno de agua para que asintieran. Aun a riesgo de una dolorosa tensión muscular no les despego la mirada. Yo no sabía que se llamaban quirófanos a los lugares donde se les obligaba a hablar.

No te des vuelta.

No se está verdaderamente hablando.

Esta vez alargo la boca, la estiro, te llevo hasta el lóbulo que cuelga de la parte posterior del paladar, la prolongación cónica del velo. Una y otra vez hasta no poder pasar el aire a través de las cuerdas vocales.

Lo imposible de consonantes articuladas en la parte posterior de la lengua, contra la campanilla. Más lejos. Detrás. Como idiomas que se hablan en Medio Oriente o en las montañas del Cáucaso o en un dialecto noruego.

Te quiero todo adentro en la garganta para que no los pueda

delatar.

Porque muertos sois, y vuestra vida está escondida.

¿Dónde voy a buscarlos?

A las zanjas, ahí tenés que ir. Están en los descampados, en los ríos, los diques. O están calcinados, sus cuerpos reducidos a unos ochenta centímetros; los peces los desfiguraron a casi todos.

¿Así que ésa es tu hija?

Le dijeron que si no hablaba, me llevarían a mí también.

Lo llevaron a la máquina y le mostraron un papel donde había tres apellidos. Le dijeron que recordara siempre los colores de nuestra bandera que cubre el cielo de la patria. Adentro había música de fondo para que no se escucharan los gemidos; afuera, para disimular el olor a la quema de carne, incineraban neumáticos.

Si no te quedás quieta te mando a la máquina, a los tubos.

Y yo oí, mas no entendí.

Había un teléfono de campaña a pilas que al dar vuelta a la manija generaba corriente eléctrica. Según la velocidad, aumentaba o disminuía el voltaje.

Porque ninguno aborreció jamás a su propia carne, antes la sustenta y la regala.

Te toco donde no termina. Donde te sigue adentro de la piel, más atrás del ángulo de tus piernas. Te acaricio y siento desde dónde venís. Como si en mi mano renaciera cada vez lo que mi boca huérfana te pide. Con las ventanas abiertas o la luz encendida para que me veas temblar sobre la inmensidad huérfana de tu sexo que se va de vos, te ausenta. Acá, durante el tiempo que pagás, para los de afuera, estamos desaparecidos.

Trece mil trescientos treinta y dos años de cárcel.

No para con nada.

La asistieron con un cuchillo de cocina. Allí en el piso nació una hermosa beba a la que se llevaron unas horas después.

Un mosaico o una cadena de personas. La vida de los hombres depende de dios y de tu colaboración. Para que la cadena no se corte, nadie se tiene que quedar. Cuando digo quedar, estas guerrilleras de mierda no entienden. Digo, morir.

Despacio. La sacás y la ponés despacio para que no me muera. Y no es que no quieras lastimarme; lo hacés para que no me quede. Para que siga tu vaivén sin ninguna resistencia. Ni siquiera la fuerza de la lengua presionando. Todo vos empuja suave. Yo, como si tuviera las manos atadas a la espalda. No es por la fuerza.

Aflojo los labios.

Mansa.

Me rindo.

Los hombres habían revuelto toda la casa rompiendo lo que encontraban a su paso, cada tanto hacían un ruido seco con el cerrojo de las armas como si fueran a disparar. Llevaron a una de ellas para que reconociera gente. La otra paría entre alaridos en el pasillo. Nadie supo más nada de mi bebita.

Yo.

Traerá el señor sobre ti una nación de lejos, desde el cabo de la tierra, nación cuya lengua no entenderás; nación fiera de rostro. Y ella comerá el fruto de tu ganado, y el fruto de tu tierra, hasta que seas destruido, porque no te dejará trigo, ni mosto, ni aceite puro, ni la cría de tus vacas, ni el aumento de tu rebaño, hasta que te haya exterminado.

Si no hay preso
ni víctima
ni cadáveres
entonces nadie será acusado de nada.

Con un pedacito de chapa o una piedra raspo las paredes escribo por la mañana, ojalá que fuera la tarde; y por la tarde escribo, ojalá fuera la mañana.

Una vez la casa cayó al suelo, se hizo añicos. A mí, que estaba adentro, me juntaron con una sábana. El resto se evaporó a la vista de todos, se hizo cada vez más tenue hasta desaparecer casi por completo. Cuando quisieron borrar mi cara bajaron la velocidad de la cámara hasta detenerla. Después me retiraron y colocaron a una igual a mí en el mismo lugar. Poco a poco la niña tomó cuerpo.

Es una película. No creas en lo que ves.

Como una película esto que no para con nada gira y gira en mi cabeza te pone de costado, te desnuda, nos deja dos perros hambrientos. Fijate bien, si acostás esos perros, son perros muertos. Si los tocás, muerden. Con los ojos desorbitados uno de ellos levanta las extremidades. Las extremidades en una perra es el culo. La película no para con nada y el perro famélico amarra con sus patas el lomo de ella. Por eso me gusta ver, porque cuando levanto la vista veo ese miembro tenso de carne enrojecida más hambrienta que el propio perro. Parecen rabiosos. Cada vez que él empuja, todo él retumba en las entrañas de ella.

Tu ojo no le tendrá piedad.

La memoria ha sido tocada.

Me convierto en este cuerpo ausente para hacerla aparecer, tomar su lugar, no diferirla. Ahora sí, ahora.

Las negras que recién entran a la fábrica, cuando van al baño, buscan el pasador. Al no encontrarlo, piden una llave. Entornala, nomás, si nadie va a entrar.

Yo no voy al baño de la fábrica.

Deteneme.

Tu semen actúa como esa técnica de los pintores renacentistas. El trazo de una pintura temprana emergiendo debajo de una nueva sobre la borradura. Estar embadurnada

me da cuerpo.

Y yo escribiré las palabras que había sobre las tablas primeras que quebraste.

Un tobillo que corta el pie. Una media que corta la pierna. La convexidad del empeine que al elevarlo te deja ver el hueco que se forma entre los dedos. Mostrarte hasta el final. Sin acabar del todo antes de que abra la boca. Cada poro susceptible de sangrar.

Decilo y decilo todo.

Quiero hacerme coser para que te cueste salir. Así, cada vez que me cojas yo tenga que morderme. Si me muerdo no voy a poder hablar.

Me quedo acá hasta que me muera. Imaginate que vuelven a buscarme y no me encuentran.

Me miró las tetas, alargó el billete, pensó; ¿qué creés que siento cada vez que te pago?

Y no compadecerá tu ojo: (exíjase) mano por mano, pie por pie.

Representemos esta obra tras el ensayo general de la esclavización. El tiempo real piensa en tiempo real. No dejaré que la historia interrumpa la acción.

Hacelo.

Yo no sabía que si lo movés así de fuerte hacia un lado y hacia el otro de la boca, cuando salís, me zumban los oídos. Tu pene latiendo más allá de la respiración como si los tímpanos se perforasen en una erosión interna. Hubo un momento en que todo se detuvo. Yo veía pero no oía, te tocaba pero no podía respirar. Y como no quiero que la historia interrumpa la acción, me dije, le daré la demolición del cuerpo en este frenesí de lo visible.

Ya no tengo miedo de lo que vayas a hacer. Marcas en lugar del relato. El revés del cinturón sobre la piel, la hendidura de las manos para reconocer lo que queda. Dirán, muerta por la patria.

Me tendrán en la memoria.

En lugar de la circulación de palabras, dejame marcas para que me reconozcan en la mina de cal abandonada de Lonquén en Chile, entre esos cuerpos apilados como en un cementerio que se mandó cercar con alambres y se dinamitó.

Esta es la orden de hacer hacer hacer.

La cabeza cubierta con una bolsa, me arrojaron en un pastizal a unas quince cuadras de la estación de Glew. Sentí un acá está. Era una agenda en la que había escrito “diario de soldado”.

No estaba en la cisterna y él rasgó sus vestidos y volviéndose dijo “el niño no aparece y yo, ¿adónde iré yo?”

¿Acaso no sabés que sostener ideas contrarias a nuestra civilización occidental y cristiana es como matar o como colocar bombas?

Durante la violación tuve que haber oído todo y me excité.

La plancha metálica donde le ataron los pies y las manos. Si ella aguantó la máquina estando embarazada, yo

tengo los labios hinchados de tanto

la encía cortada, la bombacha

con manchas de sangre

de tanto

coger.

Y me gusta ver esta prehistoria de tu sexo en mi cuerpo. Restos de pelos, uñas; tu olor todavía impregnado en mis axilas

Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados.

Hace una semana que no viene.

Tengo un juguete hecho con el hueso de la comida que les daban. Lo encontraron en las excavaciones del Pozo de Quilmes. Debe haber sido para mí porque tiene mi misma cara. Juego con el muñeco y es como tocarme. Yo tengo el esqueleto afuera como algunos bichos que tienen caparazón pero no tienen esqueleto. Mi cuerpo está siempre un poco adelante y no alcanzo a meterme adentro. El cazador de la antigüedad al ponerse la máscara de un animal se transformaba, se volvía la presa. La danza que los primitivos hacían vestidos de búfalos o gacelas simulaba la manera en que iban a ser muertas después.

No puedo decir que me quedaré hasta el final aunque no vengas, porque yo vivo acá. El tiempo se vuelve más denso o más rápido. O queda congelado cuando no sucede nada más. La detonación no es un proceso, sucede de repente. Entonces todo es simultáneo. No hay más antes ni más después.

Estás a salvo; el dolor que oís y ves no es el tuyo. El espanto se disuelve cuando ves que no sos vos el que muere.

En la fábrica se había acabado todo problema. Eso decían los supervisores, los capataces, el reparto de tareas, los turnos. Eso decía el cálculo, la producción en cadena.

No vuelve, no tengo cómo decirle que le cobraría menos. Si me quemó quizás lo vea en el Hospital de Quemados. ¿Cómo hace el que está quemado para coger?

Las aguas que has visto donde la ramera se sienta, son pueblos y muchedumbres y naciones y lenguas.

Y le harán desolada y desnuda: y comerán sus carnes, y la quemarán con fuego.

Si esto fuera una casa y tuviera un umbral, lo esperaría ahí; sentada o parada mostrando las piernas a los que pasan. Una persiana de fibra metálica baja hasta el piso. En el borde, entre la lana de acero y el cemento unos ojos con luces detectan la temperatura, disparan la alarma en caso de percibir calor. Todavía nadie inventó ese dispositivo para el cuerpo. Abro las manos para que las cosas se caigan separando los dedos hasta doler.

Y descubriré tus faldas en tu rostro, y mostraré a las naciones tu desnudez.

La hembra del macaco tiene tantas copulaciones que puede sufrir de desbordamiento vaginal. La oveja de la isla de Soay puede practicar ciento sesenta y tres cópulas con siete carneros distintos en un espacio de cinco horas. Las anémonas dejan los gametos en el agua con el riesgo de que la inmensidad del mar pueda arrastrarlos.

Podría bajar el abdomen y exponer orificios. No se trata de dinero. Se trata de reponer la reserva de esperma. Dibujo corazones en los carteles, los postes de luz. Un corazón es la forma que hacen los labios mayores cuando se hinchan y se separan. Voy a buscar los gusanos anélidos de boca chupadora que viven en aguas dulces. Esos que se llaman sanguajos para sangrar cuando me penetre. Para hacerlo testigo de la destrucción de la tela de carne. O me hago baños con sales para estar seca; de manera que cuando vuelva

me raspe.

Yo no sabía que era así
cuando empiezo no paro con nada con nada paro.

La degollina no persigue una eliminación, sino la desfiguración del cuerpo. Cuanto más destrucción, habrá menos que perder. Entonces tendré más determinación a la hora de resistir.

A éstos no les cuesta mucho obedecer. Acá te pagan por eso. Por trabajar duro hasta que la cabeza se te queme y no puedas más. Aceleración y desaceleración. El recalentamiento de una máquina. El calor que despide, un muro de humo y hierro. La función de guía de los ojos se anula. Le sigue un cierto aturdimiento, una hipnosis. Unos bloquean las puertas mientras otros vigilan. Otros lanzan piedras. Un tercer grupo amontona paja, rocía con queroseno y prende fuego.

Hay ruidos como si me apaleasen como a un perro. Llevan gorros en la cabeza, capuchones. La ejecución no es un combate. Todo empieza con un manojo de paja ardiendo que recorre las calles como un huracán.

No creo en las historias.

Escribo esto para que no sea necesario volver a contar.

Hace una semana y cuatro días que no viene.

Olor a frutos secos, a almendras. El perfume del arroz basmati de la cocina hindú de sabor suave y seco. O a vainilla. La orquídea trepadora de cáscara larga y carnosa. Parecido al almizcle, o a la azucena, o al ámbar. Las tradiciones mágicas dicen que una mujer queda encantada de un hombre si éste orina el café que ella toma.

Busco esa marca. Husmear, lamer, tocar. Olfateo los genitales. Porque recordar no cuesta nada y sólo así puedo reconocerte. Gotitas brillantes. El olor dulzón de las castañas. Los animales picotean el extremo tumescente de la hembra para desalojarla de la secreción de otro macho. Te evito esa ceremonia. Me basta sólo un cuchillito. El objeto de la destrucción: dejar un vacío.

El campo de visión se estrecha.

Oigo todo de lejos como detrás de una pared.

Venías para hacerte crecer la herida.

Antes de marcar tarjeta el guardia repite cada vez: mostrame el bolso. Una manzana, boletos de colectivo, paños, aspirinas, llaves, un peine. La mano sigue hurgando, se encuentra con algo frío, filoso.

Ella está con vos para hacer su paseo, ese paisaje de los negros de mierda.

¿Quién puede venir todavía con la excusa de que no vio nada y no sabía nada; que no hay nada que ver, que este lugar no huele a nada? No había nadie que no supiera lo de los campos, nadie que de verdad hubiera creído que era una escuela o una penitenciaría o una clínica.

Las esposas de hoy son igual a las de antes. Van y vienen con su sonrisa diciéndose no, no hay nada que ver. Las ventanas tienen rejas y están tapiadas. Sólo quedan ciertas huellas, aquí y allá alguna placa conmemorativa.

Todas las noches, cuando dormís ahí, al lado de ella, sos la placa que ostenta su conciencia, tibia aún de querer expiar.

Por eso venís hasta acá, para clavarle esa placa en su herencia de muerte. Para clavarle esa placa, me das lo más filoso tuyo, eso que yo no suelto.

El guardia que se ve sangre en la mano que hurgaba, decide llamar a los gendarmes.

Hay diferentes formas de apretar.

Los centinelas de la paz, la patrulla de caminos en todo el país al servicio de la seguridad física, aniquilaron la acción de los trabajadores combativos.

Yo voy al baño con palos por si pasa algo.

Desde adentro escucho: todo se habla acá, carajo. Un todo se habla acá de la fidelidad familiar. La percepción y el habla puestas a trabajar, a obedecer. Cuando la mente se fuga del cuerpo ¿qué órgano es el que imagina?

Hablaron.

Nada huele mal. Quizás se trata de eso, algo de mí viene del agua. Algo abdica. En circunvolución, un movimiento circular concluye en el preciso punto que vuelve a empezar. Moviéndose y moviéndose siempre para no llegar. Algo que no huele, está en el agua.

Enrollo la lengua y la apoyo contra el paladar durante diez minutos. Una cría de saliva. Empapo un mechón del pelo y lo doy vueltas alrededor, subo y bajo el miembro recubierto con mis rulos. La saliva reduce la temperatura de la entrepierna aumentando la producción de esperma.

Hay que quedarse hasta el vaciamiento, aunque te aprieten. Las prostitutas fenicias se pintaban los labios para indicar a los hombres que podían hacer lo que querían con ellas. Me saco la pintura de los labios para que te lo veas entero, así de lindo.

Conceder la suma del poder, otorgar sumisiones o supremacías por las que la vida, el honor o la fortuna queden a merced de gobierno o persona alguna

la responsabilidad y pena

de los

Infames

Traidores

a la Patria.

Y al entrar en su casa, cogió un cuchillo, y echando mano de su concubina, la dividió, según sus huesos, en doce trozos, y la envió por todo el territorio de Israel.

¿Qué hemos de hacer a fin de conseguir mujeres para los que han quedado?

Tenés once erecciones por día. Isis consiguió recuperar los trozos del cuerpo de Osiris y lo rehizo. El pene que faltaba fue sustituido por uno de arcilla. Para devolverle la vida, Isis lo chupó. Cleopatra chupaba a cien romanos en una noche. Contemos. Veinte mil leguas de tierra robadas a los mapuches. Detuvieron a partir del día D a la hora H, usaron el punzón para azuzar al ganado que iba al matadero. Las tigresas tienen que copular más de cien veces para quedar preñadas por eso necesitan más esperma que el resto de los animales. Tenés que estar muy caliente para que te la claven más de cien veces, cien romanos circuncidados. Vos. Eso es entregarse.

Los elementos eran seleccionados. Se llamaban elementos a las personas. Contemos. Comunicado 19 y 20, 21 y 22, 27. Operación bolsa, como la guerra de Indochina el oponente es un argentino que no vale nada; menos que un cabecita negra, un subversivo, un negro de mierda.

*Nunca se ha hecho, ni jamás se ha visto cosa semejante,
considerando bien, tomad consejo y hablad.*

En el Olimpo, Hera es reducida al rango menor de esposa. El uso para servir y producir como animales. Para que ellas aprendieran a trabajar crecían en familias que les contaban historias sobre los premios de la guerra. La propaganda dijo que se llamaba guerra, la estrategia de minar una generación. Por eso no creo en las historias; esos te voy a querer hasta que me muera o nunca te voy a dejar. No tienen nombre estos seres que no conozco y que dicen que me buscan. Buscan a una desconocida con la cara de alguien que desapareció. El delito, la prueba, la declaración. Hombres sobre hombres, hombres sobre mujeres, tribu sobre tribu, país sobre país. Hace seis millones de años la hembra de los primates copulaba una vez al año. Un placer periódico inseparable de la procreación. Luego la selva se retrajo, sobrevino el hábito de mirar sobre los pastos, el liberarse la mano del caminar. El animal recolector, con su mano libre para hacer o para acariciar. Hace millones de años que tengo las manos libres con estas ganas constantes de tocarte.

Cuando soñaste que me asediaban cuatro hombres, ¿yo qué hacía?

Todo cesó de pronto. Nadie escuchó: Se nos fue la mano con la colorada.

Acumularon los cuerpos en un depósito. Trescientos cuarenta centros de detención. Primero el interrogatorio, el dominio de objetos que se usaban para impedir que tragasen. Un collar que cerraba las mandíbulas, por ejemplo, y les impedía comer. O ladrillos quemados con los que les golpeaban los dientes. Luego los buitres, que son en parte aves y en parte felinos, les quitaban la carne antes de ser enterrados.

Tengo ocupadas hasta las palabras. Sólo puedo hablar de esto y esto, como si me estuvieran arrojando al suelo. Me acerco al corazón para resistir esta clausura. Entonces escucho el latido sobre las montañas, veo las tremendas sacudidas de tu brazo derecho. Los diez o doce espasmos en el movimiento rápido de la pelvis. Y el cambio de color desde el momento en que se llena de sangre.

No voy a gritar.

ÍNDICE:

Con dolor comerás de ella	3
Aun no has visto lo que hay detrás	86